

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

1968



II Gala Universitaria

de las

Letras



La Comisión Organizadora agradece la adquisición de esta publicación, conmemorativa de la II GALA UNIVERSITARIA DE LAS LETRAS, cuyos beneficios serán destinados a fomentar actividades de orden cultural, deportivo, viajes, etc., etc. . . . netamente universitarias, que como tales nos hemos impuesto.

COMITÉ ORGANIZADOR

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

22 DE MARZO DE 1968

II Gala Universitaria de las Letras

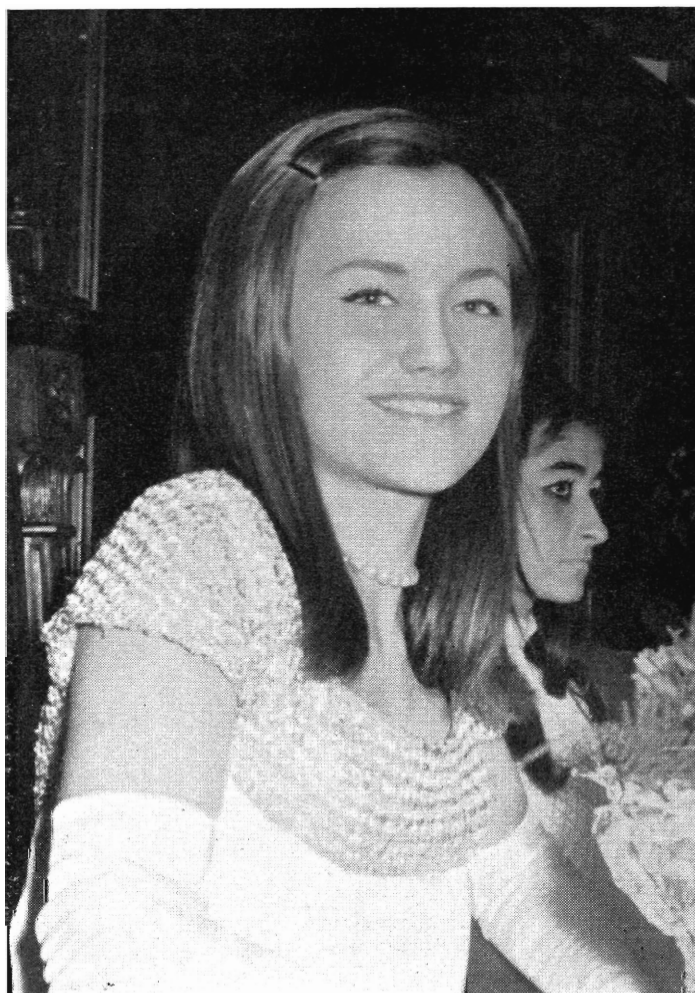
Bajo el Patronazgo de la Universidad de Barcelona

Organización: Alumnos de 2.º Curso Facultad de Derecho - Barcelona

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701632579



Srta. Adelina Sanglas Gispert, Reina de la II Gala Universitaria de las Letras

Poesía dedicada a la Reina de las Letras Universitarias por un oyente de Radio Barcelona, que escuchó la entrevista que la citada emisora efectuó a dicha señorita

Reina:

*Sobra con que seais mujer,
Para lucir el Celro de un Reinado;
Si a ello se añade el saber,
Sereis el sueño dorado
Del Centro Universitario
Que os elevó a Soberana,
Y con la elección se ufana
Al añadirlo a su historia legendaria
Con singular gentileza*

*En la Radio os hicisteis
Y con léxico perfecto,
Que al Oyente causó impacto,
Exhibiste tu belleza
Y Aplausos recibisteis,
más los votos,
De los que en silencio
Serán siempre los devotos
Y besan los lindos pies.*

COMISIÓN ORGANIZADORA

PRESIDENTE:

Sr. D. Xavier Martí Monllor

VICEPRESIDENTES:

Sr. D. Enrique Salvia Alonso
Delegado de Relaciones Públicas

Sr. D. Antonio Planells Clavero
Delegado Cultural y Secretario del Jurado

COLABORADORES:

Srta. Carmen Raventós Soler

Sr. D. Ramiro Tribo Boixareu

Sr. D. Jorge Angrill Carbonell

Sr. D. Manuel Feu Manso

Sr. D. Javier Lechuga García

Sr. D. Juan Ramón Poblet Andreu



Reina del Certamen

y su

Corte de Honor

Srta. Adelina Sanglas Gispert

Srta. Carmina Jori Armengol

Srta. Ana M.^a Molins López

Srta. Nieves Oller Ferrer-Vidal

Srta. Ana Llanza Sicart

Srta. Carmen Moliner Papell

Srta. Liliane Salsas Leroy

Srta. Lali Lleal Riembau

Srta. Eugenia de Miguel Coll

Srta. Carmen Grau Sansalvador

Srta. Rosalía Amat Trinxet

Srta. Eugenia Socías Montplet

Srta. Montse Grau Castelló

Srta. Lali Martorell Aixelá

Srta. Helena Lafuente González

Srta. Montse Valls Serra



La Srta. Adelina Sanglas Gispert, de brazo del Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad de Barcelona, Dr. García Valdecasas, hace la entrada en el Aula Magna de dicha Universidad, donde se efectuó la entrega de los premios literarios.



*Saludo y presentación de
Xavier Martí Monllor
Presidente Comisión Organizadora*

Bellísima y dignísima reina de este Certamen, Excmas. Autoridades, dignísimos miembros del Jurado, Señoras, Señores, queridos compañeros.

Parece que recuerde aún, cuando el insigne escritor catalán, Ignacio Agustí, deleitó nuestros oídos haciendo una magnífica exaltación de los sentimientos de Fe, Patria, Amor, que existen en las bellas lenguas Españolas, hace de esto un año, y ahora nuevamente la Universidad con su fuerza y empuje juvenil, es albergue de la inquietud de un grupo de compañeros de la Facultad de Derecho, que hemos puesto nuestro coraje y ardor para hacer realidad lo que hace un año fue un principio. Nos encontramos aquí para hacer entrega de los premios literarios a nuestros compañeros que se han hecho merecedores de los mismos, después de un minucioso estudio, que el jurado calificador ha

realizado sobre todas las obras presentadas dentro de este certamen.

Este año el protocolo y estructura del acto que está celebrando, ha cambiado en su forma, pero no en su espíritu, pues hemos querido dar un nuevo empuje a la poetización de nuestra Universidad, introduciendo en el mismo cambios, pero consiguiendo así, un mayor realce de los valores por los cuales celebramos este acto.

En un mundo como en el que nos ha tocado vivir, que parece que el cultivo de la poesía y el desarrollo de las letras, ha quedado ofuscado por el tecnicismo cada vez mayor en que nos desarrollamos y asfixiado por el crecimiento de las grandes ciudades, los universitarios de nuevo, hemos demostrado que existen en nosotros sentimientos por aquello que es bello, por aquello que acontece en nuestro alrededor y que

somos capaces de expresarlos, como aquellos trovadores que antaño iban de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, atravesando llanuras y montañas cantando los acontecimientos, progresos, aventuras y conquistas que acaecían por aquellos días y lugares.

Esta fuerza que existe en algunos compañeros de expresar lo que ven, lo que sienten, está aquí, la tenemos presente ante nuestros ojos, en este acto que queremos sea una exaltación de las Letras Universitarias, de los más elevados sentimientos que existen en lo más profundo de nuestro ser.

La lectura de las obras premiadas, la expresión de nuestra danza por la Schola Cantorum de esta Universidad, y la juventud de nuestro espíritu representadas tan magníficamente en las Tunas Universitarias, forman un ramillete de sentimientos por todo lo que es belleza, encarnizada hoy aquí, en esta bellísima reina con su donaire, rodeada de su corte, alegra nuestros corazones y hacen revivir y exaltar en ellos nuestra juventud.

Está hoy aquí representada toda la Universidad: la Familia, los Profesores, los Universitarios, y también la opinión pública, en este competente Jurado que representa la Vox Populi de nuestra Ciudad, a todos y a cada uno quiero expresar en nombre de mis compañeros y en el mío propio, los sentimientos de agradecimiento que en este momento albergan nuestros corazones. La asistencia a este acto nos anima a proseguir nuestra labor de exaltación de estos eternos valores. A vosotros jóvenes poetas universitarios os agradezco vuestra participación en el certamen y os felicito a todos, a los premiados por vuestro triunfo y a los que no hayáis conseguido ningún trofeo, por ese don que tenéis de poder expresar de manera tan maravillosa vuestros sentimientos, al mismo tiempo aprovecho para animaros a que continuéis en vuestro empeño.

Permitidme ahora, que dé paso a la expresión de nuestra danza con estos versos del poeta de nuestro pueblo Juan Maragall.

No és la dança, lasciva, la innoble
els uns parells d'altres desaparellant
és la dança sencera de poble
que estima i avança donant-se les mans.

II GALA UNIVERSITARIA DE LAS LETRAS

CONCURSO DE POESIA Y PROSA

B A S E S

I.º — Podrán participar en este concurso, todos los universitarios oficiales o libres, pertenecientes a Facultades, Escuelas Técnicas, Laborales y Especiales, por ejemplo: Periodismo, etc., y los alumnos de preuniversitario, todos pertenecientes al distrito universitario de Barcelona.

II.º — Las obras podrán ser escritas en castellano o catalán indistintamente.

III.º — La Prosa tendrá que ser obligatoriamente sobre temas o reportajes periodísticos inéditos.

IV.º — El tema será libre, no poniéndose limitaciones a la extensión de la obra.

V.º — Las poesías y trabajos se remitirán por correo normal a: «GALA UNIVERSITARIA DE LAS LETRAS». Facultad de Derecho. BARCELONA.

VI.º — Las obras se entregarán libres de nombres o cualquier signo por el que se las pudiera identificar, el nombre, apellidos, teléfono, Facultad o Escuela a que pertenece, en hoja a parte.

VII.º — Las obras se entregarán escritas a máquina en hojas tamaño folio y por triplicado a dos espacios, antes del 14 de MARZO de 1968.

VIII.º — Mientras no se notifique nada en contra, el acto de entrega de premios se hará el día 21 de marzo del año en curso, a las 22 h. 30 m.

IX.º — El no cumplimiento de alguna de estas bases puede originar la descalificación de la obra.

X.º — El Jurado calificador estará compuesto por diferentes periodistas de Barcelona, presididos por el señor D. Julio Manegat.

EL COMITE ORGANIZADOR



Jurado Calificador

PRESIDENTE:

Sr. D. Julio Manegat

VOCALES:

Sr. D. Angel Marsá

Sr. D. Fernando Gutiérrez

Sr. D. Juan R. Masoliver

SECRETARIO

Sr. D. Antonio-José Planells

ACTA DEL JURADO CALIFICADOR

En la ciudad de Barcelona a 20 de marzo de 1968, reunido el Jurado Calificador de la II Gala Universitaria de las Letras, certamen literario celebrado entre todos los universitarios del Distrito de Barcelona, formado por el Sr. D. Julio Manegat, como Presidente, Sr. D. Juan Ramón Masoliver, Sr. D. Fernando Gutiérrez, Sr. D. Angel Marsá, como vocales, y actuando como Secretario del mismo

Sr. D. Antonio José Planells Clavero, deciden, de acuerdo con las bases establecidas por la comisión Organizadora del Certamen, tras minucioso estudio de las sesenta obras recibidas y aceptadas por no tener ningún motivo de descalificación, fallar los Premios Literarios para esta edición de 1968, según el siguiente orden:

PREMIOS DE POESIA CASTELLANA

PRIMER PREMIO DONADO POR LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Sr. D. **MIGUEL RICART PALAU**, de la Escuela Superior Técnica de Arquitectura, por la Obra «**Cansado de viviros a diario**».

SEGUNDO PREMIO DONADO POR LA EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

Sr. D. **VEREMUNDO RADA GOICOECHEA**, de la Facultad de Filosofía y Letras (A. libre), por la Obra «**A Eugenio**».

TERCER PREMIO DONADO POR LA FACULTAD DE DERECHO DE BARCELONA

Sra. D.ª **DELFINA ANDREU DE LUCAS** de Preuniversitario (Academia Peñalver), por la Obra «**Monólogo del Hindú**».

PREMIOS DE PERIODISMO

PRIMER PREMIO DONADO POR LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Sra. D.ª **M.ª PILAR LATORRE MURILLO**, de la Facultad de Medicina, por la Obra «**Dodecafonia**».

SEGUNDO PREMIO DONADO POR LA ASOCIACION DE PRENSA DE BARCELONA

Sr. D. **JOSE M.ª BERMUDO AVILA**, de la Facultad de Filosofía y Letras, por la Obra «**¿Es la nuestra una cultura de culpabilidad?**».

TERCER PREMIO DONADO POR EL ILUSTRE PATRONATO UNIVERSITARIO DE BARCELONA

Sra. D.ª **GLORIA MARTIN FERNANDEZ**, de la Facultad de Filosofía y Letras, por la Obra «**Imágenes de un espejo**».

PREMIOS A LA POESIA CATALANA

PRIMER PREMIO DONADO POR LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Sra. D.^a **M.^a DOLORES SUSANY ALMERJE**, del Instituto Británico, por la Obra «**La nit de Noces**».

SEGUNDO PREMIO DONADO POR EL EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Desierto.

TERCER PREMIO DONADO POR LA COMISION ORGANIZADORA DEL CERTAMEN

Desierto.

BARCELONA, 20 DE MARZO DE 1968

El Jurado Calificador

Julio Manegat,
Angel Marsá,
Juan Ramón Masoliver,
Fernando Gutiérrez,
Antonio José Planells Clavero.



PRIMER PREMIO

POESÍA CASTELLANA

Premio concedido por la Universidad de Barcelona

TÍTULO: **CANSADO DE VIVIROS A DIARIO**

AUTOR: *Miquel Ricart Palau*

Escuela de Arquitectura

*Cansado de viviros a diario
buscaré, en el invierno de arena y hielo,
mi silencio lejos de vuestros nombres.*

*Tendré ante mí
un horizonte solitario e inmóvil...
para poder hablarme.*

Y una ventana blasonada de cielo...

*(Mis pies
descalzos...
huellas de pescador.)*

*Una luz,
sin forma y fingida,
me cantará la música del mar.*

*Y me abrigaré con mis sueños
hasta que me despierte el grito de un paso
o el quejido de un deseo satisfecho.*

*(En la playa
quedarán las redes
y la barca aún húmeda
del pescador.)*

*El viento,
vagabundo desgarrado de reflejos,
pintará las paredes a su antojo.*

*Al despertar...
tendré el rostro del color del llanto.*

*Único,
cuando el sol desdibuje mi historia,
reposaré en la palma de una mano...*

*Y a la hora de la partida
me iré con las nubes
apoyando mis brazos sobre sus alas...*

*Blanda y dulcemente hada,
mujer sin pasión, paloma e interrogante,
coronada de tréboles de cuatro hojas
sorprendidos por alegres gnomos,
realidad de formas esmeradamente blancas,
de manos y brazos de piedra y sueño,
del sueño en que sumerje
a los incansables hacedores de sus noches.*

*Verde, digo verde
y alocadamente bosque,
empeño del hombre que bebe de rodillas
la oración de la fuente,
de la fuente huérfana del barro y de la arcilla,
nacida como un grito, sin dolor ni sangre...*

*Plena y desmayadamente otoño,
sombra hacia el cénit y el sendero,
y yo con un disfraz y la ilusión
de que se deshoje entre mis manos
el inmóvil y acariciado árbol.*

*Sólo han muerto piedras
frente a mí,
sólo piedras,
como si hubiera nacido
para la nada,
para la muerte únicamente,
como si no tuviera que existir en mí
más que ausencia y lejanía.*

*Me han borrado de la repugnante lista de los seres
sin saber que bajo mi sigilosa estatua
aún hay algo que palpita,
aún hay algo que suda;
y si sudo es que me vive
la carne frenéticamente,
es que me faltó a mí mismo,
es que la vida se funde en mis poros
o que llora suavemente
junto a mí.*

*Tengo las manos
delgadas y hambrientas,
tengo las manos hartas
de apretar miseria,
¡tengo las manos duras!
de tanto hueso que recubren.*

*Y muerdo lo inanimado,
y al burlarme de vosotros
me burlo de mí mismo
y de mi suerte,
y de mi segura muerte
que está ahí,
al acecho de un presagio.*

*Porque pese a todo,
os conozco:
aunque estéis detrás de mi alcance;
aunque os hayáis ido para siempre.
¡Tan pronto!, ¡tan pronto!,
casi sin ruido, en un día anónimo,
iniciaste el lánguido riesgo del amor.*

*Fue cuando una sombra sedienta
se extendió sobre tu suave cuerpo...
hiriéndolo hasta la sangre.*

*(Los pájaros se morían de frío
mientras tú, niña curiosa,
anidabas el amor prohibido en tu regazo...)*

*Cuando tus labios empezaron a cubrirse de lágrimas
te encontraste, rígida,
frente a la plenitud del placer;
pronunciando una erótica queja
se contrajo tu carne en el sublime abrazo...*

*Más tarde, quizá tristemente,
continuaste, límpida,
la ilógica frase de tu vida.*

*Y sólo quedó en la estancia,
asustada y desnuda,
una virgen que se llamaba como tú.*



SEGUNDO PREMIO

POESÍA CASTELLANA

Premio concedido por la Excm.
Diputación Provincial de Barcelona

TÍTULO: **A EUGENIO**

AUTOR: *Veremundo Rada Goicochea*

Facultad de Filosofía y Letras

A EUGENIO

*Eugenio, amigo, apátrida y zahorí:
los dioses te protejan y las musas y los caminantes
en el clausurado santuario de lo definitivo.*

*Vengo a decirte y te digo, cuatro verdades y una esperanza
para que le pongas, amigo, tu ritmo en mi compás.*

*Apátrida porque eres de todos,
la vida toda puede llenar el hueco de una lágrima.*

A veces sobra una gota de lluvia para la muerte.

*Y entre la vida y la muerte, zahorí de lo absoluto,
mi azar y mi mensaje a tu encuentro
y un algo que se sale de madre y que se sale
como un río de lava y cenizas abrasadoras.*

¿Todos los caminos llevan a la nada?

*Eugenio, cosmopolita del zodiaco, hermitaño del ser;
por dentro, hasta adentro
tu corazón lleno de gaviotas matinales
desbordándose por los bordes de las guitarras.*

*La muerte te nació como un aborto
y la esperanza te vive como un semental.*

¿Todos los caminos llevan a la nada?

*Eugenio, amigo, apátrida y zahorí,
tú y yo, por al andadura de las estrellas,
por la ruta de los argonautas impenitentes
en busca de nuevas costas para nuestro arribamiento.*

*Lloramos y cantamos la vida, tú y yo,
y soñamos acordes dodecafónicos
en una plaza cualquiera de cualquier plenilunio.*

*Reunimos la nada y el algo apenas
en pos del todo que nos afirme.*

Vengo a decirte y te digo cuatro cosas y una esperanza.
.....
.....

*Porque nosotros no queremos guerrear para existir
ni existir para guerrear contra nosotros.*

*No queremos que los árboles se sequen en el camino,
ni que doblen heridas las campanas graves
por las frentes vencidas, arrugadas
de tanto cavar trincheras para no defender nada.*

*No queremos que haya niños de oscuros ojos
ni perros que se amen como hombres,
ni cántaros vacíos sin cielo que les llueva
ni recintos húmedos sin sol que les alumbre.*

*No queremos, Eugenio —¿verdad que no queremos?—
constelaciones a tantos dólares de distancia,
ni alegrías a trece blasfemias la docena.*

*Un pantano de rosas y de panes
romperíamos triunfante y avasallador —¿verdad, amigo?—
sobre la llanura hundida de nuestro mundo.*

*Hariamos de las muchachas, fecundas madres conscientes
y prestaríamos luz al vuelo de las lechuzas noctívagas.*

*Porque nosotros no queremos acostumbrar los días
y olvidar canciones de otrora.*

*No queremos... y plantaríamos
bosques y bosques en los despoblados interminables
y árboles nuevos en los bosques viejos...*
.....
.....

*Eugenio, está la tarde inmensa y amarilla
y el cielo azul y el mar y tu presencia.*

*Sólo el almendro este que ha entrado en agujas por mis ojos,
es blanco
como la novia alegre de la noche primera.*

*El misterio de esta naturaleza deseada,
redimido y supremo en la transparencia de lo indefinido,
esencial e ingrave como una ternura de alas.*

Me invade, Eugenio, la verdad y la esperanza.

*Mi alma se pone íntima y exacta,
olorosa como el incienso azulado de la vieja chimenea humilde.*

*Se arrodilla eterna en el aire aleve
y reza por los niños, los pájaros y el agua.*

¿Por qué siempre no será ahora?

¿Por qué no?

*Porque este silencio largo y solo
me suena mejor que todas las orquestas.*

*Porque este silencio hondo y vertical
me dice más que todas las palabras de los hombres.*

Eugenio, ven, y olvida la vida, el asfalto y el vértigo.

*Beberemos el agua de la fuente clara,
comeremos del árbol verde sus manzanas sanas
y nos vestiremos de sol y de distancia.*

*Nuestro ataúd será la tierra virgen e intacta
ni por odio arada ni por sangre regada.*

*Seremos sin los hombres, sin el tiempo,
como abiertas palmeras en el puerto abierto
a la rosa de todos los vientos.*

Me invade, Eugenio, la verdad y la esperanza.

La tarde está inmensa y amarilla.

Todo es breve y sin estructura.

*¿Por qué siempre no será ahora
para poder simplemente ser y estar?*

.....
.....
Sí. Lo sé.

*Sé que es terrible vivir y vivir,
amanecer un día y otro con cáncer en el alma
anochecer de prisa y solos sin crepúsculo
con los vencejos de la torre antigua,
vacías y secas las cuencas de los ojos.*

*Es terrible esta muerte avanzada de la vida,
este andar presurosos entre nebulosas,
este no volver la ida.*

Sí. Lo sé, Eugenio.

¿Estamos tristes? ¿Buscamos la huida?

*Pero cuando aún siento latir el pulso de esta gente,
esta gente que se quita el pan de la boca por sus hijos,
cuando veo que sigue amaneciendo por Oriente,
y que en el jardín la semilla se pudre por la rosa,
cuando, Eugenio, las madres siguen pariendo en dolor
hijos sanos con un montón de estrellas en cada ojo,
entonces, se levanta en mí la esperanza como una resurrección,
y la sangre se me incorpora en torbellinos presurosos.*

¿Buscamos la cobarde huida? ¿Tristes?

*Porque esta verdad es como una guadaña que va segando la maleza,
como una acequia llena de sol para regar los yermos de todos los
[pecados.*

*No importa que haya hombres sin hombría
que cambien el curso de las constelaciones, no importa.*

También hay otros con corazón fresco de campo recién llovido.

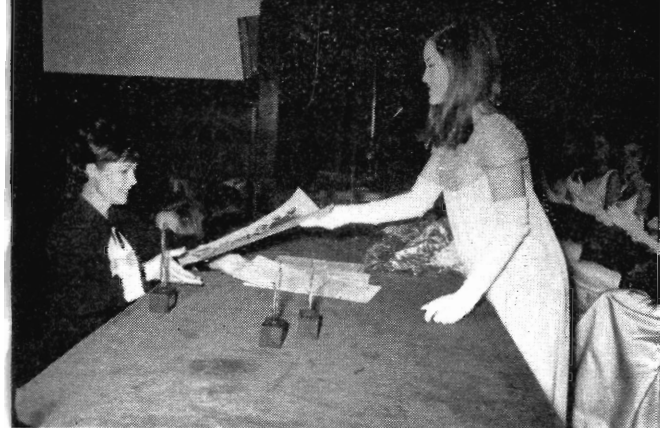
*Eugenio amigo, apátrida y zahorí,
está la tarde inmensa y amarilla.*

¡Todos los caminos no llevan a la nada!

El horizonte está en visperas de la gran amanecida.

La esperanza es lo primero que no se pierde, Eugenio.

Barcelona y marzo del sesenta y ocho.



TERCER PREMIO

POESÍA CASTELLANA

Premio concedido por la
Facultad de Derecho de Barcelona

TÍTULO: **MONÓLOGO DEL HINDÚ**

AUTOR: *Delfina Andreu de Lucas*

Preuniversitario

PARA LLEGAR A TI

*¿Por qué, Señor, mudar de traje tantas veces
para llegar a Ti? ¿Por qué la muerte?*

*Esos seres pequeños que hienden en el alma
tanto dardo de ciclo, dando amor
y reclamando amor, crecen y aumentan
a costa de querer y ser amados.*

¿Por qué la despedida?

*Viejo el ropaje, fatigado el sueño
de tanta espera, vislumbrando apenas
la presentida meta...*

*Para llegar a Ti rugen los vientos
del alma enfebrecida por la fe.*

*Para llegar a Ti, callan volcanes
que galopan hiriendo nuestra sangre
cuando despierta la primera flor.*

Para llegar a Ti...

*Deja que calle,
sin saber la respuesta, hecha cenizas,
que dejé en la penumbra de tu huella
cuando pasaste Tú y no te advertí.*

¡Todo, Señor, para llegar a Ti!

AL LEJANO AMIGO

*Cuando hayas pisado las zarzas
de día y de noche;
cuando el viento, la escarcha y la lluvia
te hayan herido;
cuando, libre de angustia y de miedo,
de hambre y de frío,
anheles la hora
tranquila y serena
del amor sencillo;
cuando busques un rayo de luna
porque sepas de oscuras tinieblas
sin mano de amigo,
ven y llama a mi puerta, que entonces
hallarás en mi mano tu asilo
y será mi palabra el consuelo
que a la tuya dé paz y cobijo.*

*Y en la vaga y callada tristeza
de saber que en el mundo hay espinos,
cuando todos sonrían dichosos
ignorando senderos malignos,
tú y yo solos, amantes del alba
transparente y pura,
seremos amigos.*

EL ULTIMO ESLABON

*Destilaré las ondas de los vientos
tras la esperada cima coronada
de perfección y gloria.*

*En mitad del camino
tal vez me obligue a descansar, transido,
el dolor de las horas.*

*Entretanto,
el poso quedará, cediendo al aire
el transparente y cristalino augurio
de un nuevo renacer.*

*Y guardaré cenizas, cruzando el horizonte,
como si el aire fuese puro y sin color.*

*¿A dónde iré cuando, escalando soles,
sin miedo de quemar las blancas plumas,
halle, a mi paso, el último eslabón?*

ESTALLIDO

*Pausadamente, hoy,
empieza a despertarse
el subterráneo gris del hombre oculto
que hay en cada hombre,
desde esa eternidad que cabe dentro
de cada uno.*

*De aquí, tanta estridencia heterogénea,
burlando los senderos fronterizos
de la agitada geografía humana;
desplegando banderas de colores
tan diferentes como la razón
de cada uno, frente a la Razón.*

*Por ello,
el grito desgarrado del neurótico,
el desentierro oscuro de los magmas
en ignición continua;
el haber aprendido a no callar
y el quedarnos dormidos pocas veces
junto al umbral del sueño.*

*Por ello, el estallido,
con larva de oro fino y putrefactas
materias incoherentes,
en apariencia, al menos.*

*¡Cuánto clavar las uñas
en el cuenco mullido de la mano
para restituir viejas herencias
o ganarlas, quizás, por vez primera!*

ESPIRAL

*Yo soy de esa espiral
que surge del subsuelo
sintetizando círculos,
para tocar la estrella.*



PRIMER PREMIO

PERIODISMO

Premio concedido por la Universidad de Barcelona

TÍTULO: **DODECAFONIA**

AUTOR: *M.^a Pilar Latorre Murillo*

Facultad de Medicina

DODECAFONIA

*Paradoja en doce compases
para sarcasmo y silencio*

"Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo." La "dodecafonía" no es una autobiografía, ni un testimonio, ni un retrato de nadie. Es tan sólo algo profundamente vivido por un alguien posible tan sólo, en tiempo tan sólo posible. Es la consecuencia clara de la pérdida de los motivos. Es la posibilidad de cada uno.

DEL VIVIR

Vivo en la Galaxia indiferente de los Sin Nada, que es, pese a lo poblada, un lugar solitario y monótono. Mi nuevo mundo es incoloro, pero uno sabe a qué atenerse en él. No más sobresaltos —ya de esperanza, ya de desesperanza—. Nada tiene demasiado valor, pero nada es menospreciado tampoco. Es el reino del Relativo, del no preguntar nada, porque para llegar a él hay que haberlo preguntado ya todo.

Es fácil salir. Basta con comerse, con aire de resolución por fuera, con aire de resignación por dentro, dos o tres verdadecitas hu-

manas de las de nombre hermoso y dudosa existencia. Hay quienes lo intentan, agobiados por el silencio absoluto de la Galaxia, pero la mayoría vuelven al cabo de poco tiempo con las manos en los bolsillos y una sonrisa tímida. Sacuden la cabeza y se sientan en un rincón mirando fijo a ninguna parte.

Pero no hay que pensar que es sitio de niñas desengañadas del amor, ni de madres secas, ni de viejos sin casa. No es sitio de tristes ni de fracasados, que ellos cuentan al fin con su tristeza y su fracaso y para entrar hay que estar limpio de sentimiento, de afirmación y de negación y hasta limpio de interrogante, que es lo más difícil.

Para entrar hay que poseer la cruel lucidez de los que saben que sólo hay dos formas de vida la autodestrucción del consciente y la pueril felicidad del inconsciente, y, desagradándole ambas posturas, se aletargan con cierta melancolía, cierta sensibilidad, cierta inteligencia. Su pasado y su presente —futuro no tienen, no quieren tener— se reduce a pocas palabras: creer, esperar, enojarse y sentir en el antes; caminar, imaginar, poseer, recordar, gustar, comunicarse y callar en el ahora.

Si se pretende comprender lo que cada una de estas palabras encierra, hay que olvidarse del uno mismo, sentar al bilioso juez íntimo que todos poseemos, a la puerta y asomarse a la Galaxia...

DEL CREER

—Por favor, por favor, ven porque necesito saberte.

Así de sencillo. En voz baja, con suavidad, mirando a través del aire como esperando verlo llegar en seguida. Sin admiraciones delante y detrás de la frase. Pero, inexplicablemente para mí, no vino.

* * *

De pequeña, lo primero había sido lo de:
Ángel de la Guarda,
dulce compañía,
no me dejes sola
ni de noche ni de día.

Y más tarde, en el colegio, lo de:

¡Oh, Virgen María, botón de clavel...!

Y luego la primera comunión y las canciones al Niño Jesús.

Hasta que, al cabo de bastante tiempo, oí hablar, cierto día, de DIOS. Mi formación fue, pues, como fácilmente puede deducirse, católica.

Hasta los trece años comulgué casi a diario, leí vidas de santos y misioneros y llevé al cuello una cinta azul con una medalla llena de rayos, estrellas y palabras en latín, con lo que los entendidos me ensalzaban y me ponían como ejemplo de moral. Al llegar a esa edad, descubrí a los moralistas modernos y dos o tres frases con las palabras "servicio" y "apostolado", con lo que decidí vivir más activamente y por ello colgué de la clase frases del Evangelio, enseñé a ocho gitanas los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia e hice cursillos de teología, sociología, filosofía escolástica y otras materias de interés cristiano, con lo que los entendidos me ensalzaron y me pusieron como ejemplo de moral.

Hasta que, un día, todo aquello me empezó a crisar y, desasiéndome de todo apoyo paternalista, empecé a pensar por mi cuenta. Trabajé intensamente, a solas y al desnudo, pensé, peleé, discutí, traté de desterrar de mí todo lo esencialmente malo, imperfecto, intenté llegar a DIOS, el Dios libre de sofisticaciones, el que se escribe sin un ¡Oh! delante, el que no se dibuja con barba blanca, porque es indibujable, es decir, inhumanizable. El único,

el verdadero Dios. Ni que decir tiene que los entendidos me llamaron hereje y me pusieron como ejemplo de soberbia ciega y de inmoralidad, pero no me importaba. Ya estaba cerca, la religión ya era lo que yo y conmigo todos los hombres del mundo, yo a gritos, ellos en silencio, habíamos deseado siempre: el diálogo sencillo entre El y el uno. Sin más rito externo que la propia voz, sin más liturgia que la vida misma transcurriendo según la propia intuición, inteligencia y sentimiento, sin más intermediario que la pequeña palabra humana que llega hasta El desnuda y franca, porque El es capaz de traducirla y entenderla, sin más precepto que el seguir limpiamente esa profunda tendencia hacia la paz, la libertad y el amor (1). — Paré un tiempo en la dulce certidumbre del que tiene la verdad en la mano; no sé cuánto: meses, días, tal vez horas. Y llegó el momento decisivo. No importa por qué yo necesitaba saber a Dios, aún de una forma diminuta y limitada. Y sabía que era bueno. Y sencillo, sin ambigüedades. Eterno, distinto, pero asequible. Acaricié casi con ternura, una ternura racional, la idea de llamarle. No le quería para pedir, sino para saber que era, que estaba. Y la frase salió lenta, en un tono natural, en el único tono posible para hablar a aquel Dios en que yo creía.

—Por favor, por favor, ven porque necesito saberte.

No vino. Tentar a Dios, exigirle un milagro... No, en mi religión no tenían cabida los milagros, ni someter a tentación a quien está por encima de toda debilidad. No era un milagro lo que esperaba, sino una consecuencia clara y evidente de la idea que me había formado de Dios. Y aquí acabó todo.

Alguna vez, sin embargo, me he preguntado si tal vez vino y no supe reconocerle. Y siento entonces una inmensa tristeza, hereje y dolida tristeza, más por Dios que por mí misma. Por Dios que al hacernos humanos se negó a Sí mismo la posibilidad de que llegásemos a comprenderle. Por Dios inmenso, intemporal, que, innito hasta en soledad, no será jamás conocido por nadie. Y, de espaldas a mí resignado ateísmo, hasta he llorado por esa posible soledad de Dios.

DEL ESPERAR

Mi corazón espera también, hacia la luz y hacia la vida otro milagro de la primavera.

Antonio Machado

La frase era tan hermosa que me gustó. Para que me llenen unas palabras es preciso que las sienta vivas y aquellas lo estaban. Tenían color y olor, tenían la presencia física del tronco reverdecido implícito en ellas, el sentimiento cálido que supone ser el sujeto el corazón y la esperanza del predicado, la espiritualidad inherente a la luz y al milagro. Tenían la juventud de hablar de un futuro y la madurez de dejar atrás un pasado. Estaban, en efecto, vivas.

Las descubrí a la puerta de la Galaxia, cuando no sabía si entrar o no. Alguien que no llegó nunca a atravesar el umbral las había escrito, las medité y decidí hacerlas mías. Y de mi gente.

A menudo las repetía y me gustaba decirlas a las personas —pocas— capaces de entenderlas y de vivirlas. Y esperaba el milagro de las hojas nuevas cada minuto. Definirlas sería difícil. Eran de todos los tamaños, colores y formas. La hoja del uno mismo cara a sí; la hoja de los demás conocidos de nuevo; la hoja de las ideas purificadas de tierra y sin embargo llenas de suelo; la hoja del mundo distinto; la hoja del sentimiento sin sentimentalismo; la hoja del compartirse con alguien.

Pero pasaba el tiempo y me impacientaba. Las palabras vivas, por eso, porque lo están, se ven sometidas al ciclo de todo ser con vida. Estas que yo había hecho mías habían nacido, aunque de otro; se habían desarrollado en mí en al forma de adquirir matices nuevos; habían sido fecundas generando otras muchas, más pequeñas pero el ciclo se cerraba ya y mis palabras se morían sin que yo pudiese evitarlo. Y así, sencillamente, se me volvieron letras: quiero decir que murieron.

DEL ENOJARSE

"El humor melancólico comprende, en primer lugar, el dolor moral, traducción directa del trastorno tímico fundamental que ha habido. El tedio, el "spleen", la tristeza, que no excluyen la delectación morosa en ellos mismos no guardan sino una relación con el dolor brutal que abate al enfermo y que le hace vivir día y noche deseando la muerte..." (De un manual de psicología.)

La descripción podría servir. O también la siguiente:

"... indiferentes, apáticos y que poco a poco se desinteresan de todo. Ya no se ve en ellos ningún ligamento sentimental ni cariñoso hacia padres, amistades, ni camaradería ni amor. Parecen haber perdido todo entusiasmo. El humor es atónico... Aparecen distantes, lejanos y ausentes..." (Humor esquizofrénico. — Del mismo manual.)

* * *

Uno que poetiza su estado anímico para quitarle importancia, tropieza un buen día con un manual de psicología y descubre que es un enfermo. Melancólico de un lado y esquizofrénico del otro. Y uno que aún creía en una posible redención a base de literatura espiritual, a base del amor de alguien esencialmente bueno, inteligente y sensible, a base de amistad o de algún ideal suelto que le fuese dado poseer, lee en el mismo manual, dos páginas después que la quimioterapia puede volverle a lo que se da en llamar "normalidad". Entonces viene el enojo, la ira y el decir a gritos "¡no!" a los neurolépticos. Pero aún queda conciencia de realidad y oye que se le llama masoquista, inadaptado o, peor, cursi con debilidad mental.

* * *

Los mandaré a todos a la mierda y me haré psiquiatra, que quiere decir "poeta para locos", en algún idioma. Pero sin tratar de devolverles la razón (como si la razón sirviera para algo más que para vivir como todos y valiese la pena vivir como todos). Mis locos y yo nos confabularemos y nos reiremos de todo. ¿Por qué no mirar desde un nuevo plano el mundo de la demencia?

La salvación de los cuerdos está en el individualismo de los locos, porque si a ellos se les ocurriera formar sociedad, ¿quién nos asegura que el mundo no pasaría a sus manos y nosotros a ser encerrados, diezmados o destruidos? ¿Por qué no pensar que el loco es un artista, a la vez creador y obra, o un pensador que trasciende toda lógica, o un vitalista extenuado por sus propias limitaciones? La normalidad es un factor cuantitativo, no cualitativo. Que se es normal, en fin, en un medio donde todos, o al menos la mayoría, son como uno.

Me haré psiquiatra, pero no para curar locos, sino para entenderles y vivir con ellos, que no tienen normas ni regímenes establecidos, que creen en sí mismos, y saldré de este ambiente absurdo donde al distinto le llaman enfermo.

Hablaremos asintácticamente y nos pasearemos por el jardín del manicomio a gatas. Otro día seremos azules, y luego lloraremos por el hijo de uno que se habrá vuelto grano de trigo. Y al que ni siquiera sea capaz de entender esto, y babee en un rincón, y se ensucie encima y bizquee, le cantaremos y le dormiremos. Y uno nos enseñará una nueva teoría física de moléculas de cristal y cuerpos suspendidos en el aire. Al que tenga ganas de matar le montaremos artilugios de muñecos movidos eléctricamente. Y cuando tengamos miedo los unos de los otros, nos callaremos y nos miraremos hasta que veamos que tenemos ojos, manos, pelo y conociendo identidad ya no querramos hacernos daño.

Entonces el miedo será vuestro, cuerdos insanos, porque os veréis perdidos ante nuestra unión sin título ni estatutos. Temblaréis como conejos y, pálidos, iréis los unos a los gobiernos para que nos declaren la guerra, los otros a los científicos para que nos aniquilen, y los otros a las iglesias para que no se nos consienta poseer el mundo. La carcajada de los locos será entonces larga, ancha y alta. Os rechinarán los huesos de frío pavor y correréis a esconderos debajo de las camas, asomando las cabezas sensatas por entre las colchas de cretona casera. ¡Ah, pobres cuerdos, no temáis! Para atacaros deberíamos usar un razonamiento, el que os rije:

*A es distinto a mí:
El que es distinto a mí es una incógnita.
Las incógnitas pueden encerrar algo bueno.
O algo malo.
A puede ser algo malo.
¡Exterminémosle!*

Un razonamiento irregular, pero lógico para vosotros. Pero, y por eso os salvaréis, yo que les enseñaré a unirse, les enseñaré también a desterrar de sí todo rastro de vuestra mezquina y lógica Lógica. Salid, pues, de vuestros escondites y seguid vegetando como animales racionales. Mis locos y yo, muertos de risa, viviremos anárquicos y serenos por los siglos de los siglos.

DEL SENTIR

El primero fue dos ojos. Mayo estaba caliente y la tarde invitaba a comenzar algo. Le conocía ya, pero me miró riendo y me quedó en la frente y en el cuerpo un interrogante. Tenía un almacén repleto de ideas moraloides, de consejos dados por gente vieja de esa que se sienta frente a los muy jóvenes y les habla sin mirarles, como para ignorar esa juventud. Y la puerta de mi almacén se abría y se cerraba, y salían monjas con cara de buenas diciendo que a los quince años no se puede amar; y señores con un letrero colgado del cuello donde se leía "psicólogo", hablando de madurez imprescindible; y hasta letras negras en fila formando palabras como sensatez, dominio e incluso frases de las de libro de formación...

Pero él andaba a mi lado y me contaba que quería ser médico y que había tenido matriculas de honor en el Bachillerato. Pasamos por delante de una tómbola y compramos un número con el que nos dieron otro número para el sorteo de una barca, y él hacía planes para cuando nos tocara. Y luego, cuando nos despedíamos, me estrechaba la mano muy fuerte de forma que siempre me clavaba el anillo. Pasó un poco de tiempo y, sin razón alguna, cambió él y su mirada resbalaba sobre mí. Lloré. Pero seguí poniendo su nombre, en clave, sobre todos mis libros y libretas. Llamé a mi dolor, en uno de los versos mediocres que empecé a

escribir "sufrimiento elevado a lo eterno". Leí a Bécquer y decidí escribir una novela en la que plasmar aquella historia primera. Nunca llegué a hacerlo...

El segundo fue un loco. Hubo una conversación en la que se desgranó ante mí, se me puso en las manos y me desconcertó. Vino el deseo de ayudar. Y Navidad, con una felicitación suya, letra grande, aliento de poesía. En aquel entonces yo tenía las manos pegadas a los libros de Unamuno, y se me antojó ver en él una moderna reencarnación del Rector de Salamanca. Debió de ser eso, unido a la extravagancia que adornaba toda su persona, a sus aires de solitario. Le miraba hablar: con la vista a lo lejos, ceñudo, casi apóstol, estrafalario hasta en el acento. Llegaba a casa y anotaba las frases que más me habían impresionado. Escribía historia con mucho diálogo, solos él y yo y las hacía acabar mal porque eso me daba sensación de mayor profundidad. La historia de verdad también acabó mal, o, simplemente, acabó. El fin llegó poco a poco, en forma de conversaciones cada vez más frías, más insulsas. Estábamos juntos y callábamos, y eso, que puede ser signo de la más completa compenetración, puede serlo también del más absoluto despego. La última que recuerdo fue algo así como:

—Trico, traco.

—¿Qué es eso? (Yo).

—Lo que hace un señor que trico-traquea.

—¿Y quién es ese señor?

—Ah, uno cualquiera...

Y me quedé sin saber qué decir. El fue a hablar y tampoco pudo. Cuando nos despedimos estábamos perplejos, pero ya no buscábamos algo que decir. No hacía falta...

El tercero ha sido el Hombre. A efectos populares, el novio, o lo que es lo mismo, el que la lleva a una de la mano y habla de los niños que se van a tener y que debían ser ocho, a saber: Marcelo, Jorge, Marcos, Luis, Eulalia, Mireia, Eva y Aránzazu. Fue el sentirme algo de alguien y el tener alguien para mí. Fue el primer beso que me supo a viscosidad, a calor húmedo. Y el segundo que me supo a comunión y a ternura, una ternura que me cruzaba de

parte a parte y que me hizo sentirle a él Hombre y a mí Mujer. Y aún otros específicos de cada frase. Fueron tardes alegres, sentido de la responsabilidad —le prohibía bebidas heladas cuando estaba resfriado—, sensaciones de esposa —la dulzura que me invadió el día que le vi afeitarse—, sensaciones de estabilidad, de apoyo. Pero sobre todo sea serenidad interna de cuando salía el "nosotros". Saberse parte, formar un plural íntimamente unificado. Pero también eso acabó. Y esta vez yo le puse punto final. Había sido un tiempo de sensaciones desligadas de lo cerebral, de emociones. Me hablé de las tres dimensiones del hombre —física, sensible e intelectual— y tuve que reconocer que la tercera no entraba en nuestra historia. La decisión estaba tomada, y el momento de ejecutarla —qué duramente claras son a veces las palabras— llegó. Acabé, el aceptó con sencillez, y cuando debilitada porque estaba alejando a alguien entrañable, dudé, a él no le quedaban fuerzas para volver a empezar. Lo último que dijo fue "Gracias". Ni siquiera era original.

DEL CAMINAR

Hay que saber elegir el momento justo para salir a la calle y comenzar a andar. Es por la tarde, cuando el cuerpo tiene conciencia de siesta y el paseo se invade de somnolencia.

Las estaciones dan distintas tonalidades a estas largas y desorientadas caminatas. Los matices se combinan con la temperatura: el invierno tiene un azul agudo y claro. En marzo hasta mayo hay un blanco dorado y tibio. El mes de junio trae un enrojecido violento. Otoño, tardes cortas, apenas perceptibles, una gama etraña, compleja y sin embargo pura como ninguna otra, de gris, rosado, caoba e indefinido, que envuelven la ciudad diluyendo todo piensa en nada: tiene los ojos fríos por el viento que hay en ella de cortante, de contemporáneo.

La Barcelona vieja emerge entonces, desnuda de metalismo y simetría. Y uno se lanza calle abajo hasta las Ramblas barrocas y ruidosas, hacia el puerto. Las húmedas escaleras y

la columna del descubridor, neta sobre el cielo. A la derecha, el rostro redondo de Montjuich. Paseo de Colón y las palmeras de ramas como agujas cruzándose en línea recta hasta la plaza llena de tienduchas asombrosamente surtidas. Las callejas torcidas, bares oscuros y mujeres, conducen paradójicamente a las iglesias del Mar y la Merced. El casco gótico, cristal y roca ligera. El Claustro de la Catedral se materializa en los vientres blancos de las ocas. Es confortante apoyarse luego en una pared del interior, y ver cómo se confunde el amarillo virgen de los cirios con el negro humo de cada piedra, con los rayos oblicuos que no se sabe de dónde vienen. Y apetece entonces comprarle un cirio escuálido a la mujer de la entrada y encenderlo en cualquier altar, a cualquier santo, por nada, por prenderle fuego y verlo fundirse hasta el suelo. A todo esto uno no piensa en nada: tiene los ojos fríos por el viento o por los colores, y la sensibilidad a flor de piel, como recién abierta. Una embriaguez de formas distintas, un letargo de soledad nítida, de vacío bueno.

Se sale luego por una puerta lateral —la fachada no debe verse—, y las calles sucias de tiempo ofrecen de nuevo su estrechez cómplice para caminar sin ver a nadie. Pronto se sale al centro, y entonces el clima se hace caliente y pálido: empieza la vía romántica, la ciudad ochocentista, el paseo de Gracia. Los perfiles suaves de las casas y las pinacotecas. Los salones insulsos para damas insulsas que, milagro al fin, aún rien despacio mientras el humo dulce de sus tazas rodea sus dijes y sus ojos pasados de moda. Y los balcones —el encanto original de los balcones que ni poseen el osado impudor de la puerta ni la altiva reserva de la ventana, que ni son fuera ni son dentro—, ondean sus rejas por encima de los plátanos y los bancos de piedra que niegan, locos, la realidad externa de la circulación. Hasta los ruidos brutales de los coches se filtran a través de las hojas y las ramas llegando difuminados hasta el peregrino.

Todo antiguo, todo demasiado dicho. Y sin embargo, me he perdido adrede muchas tardes por esa ruta, íntima ya; me he recostado luego en un bar ni demasiado alegre ni demasiado triste, ni demasiado lleno ni demasiado

vacío, no moderno, por supuesto, y he bebido café como brindando sola por una liberación que a los demás no les es dado conocer.

DEL IMAGINAR

Una forma de evadirse de la Galaxia es el imaginar. Cierta vez empecé a hacerlo.

Alrededor, el vacío. Un vacío completo, de magnitud infinita a lo largo, a lo ancho y a lo alto. En todos sentidos y direcciones, nada. Ni oscuridad ni luz, ni sonidos, ni colores, ni formas, nada. Ni límites, ni líneas, ni horizonte, nada. Ni aire, ni ondas, ni átomos. Nada, nada. Y sin que la nada sea una presencia tampoco, sin que la nada sea más que una idea viva en lo infinito, en lo eterno, en lo inimaginable.

Imagínate dentro, y dentro porque no hay fuera, porque el dentro de esa nada que no es, es lo único que hay, el cuerpo de Uno. Estrictamente, uno. En estar y en ser: Uno. Identifícate, sé el Uno. Lo eres ya. Eres un cuerpo humano y piensas y sientes. Y estás ahí, en el vacío. No hay nada, nada, nada.

Como única sensación física, la de digerir cristales: una fila de agudos cristales incandescentes. A través del cuerpo, despacio, permitiéndote seguir cada uno de sus movimientos. Sin poder evitarlo, te has paralizado, has quedado inmóvil. En tu pensamiento ha quedado fijada la palabra "siempre". No puedes alejarla. Oye tu propia voz —estás solo—, repetir desacompañadamente "siempre, siempre, siempre...", diez, cien, mil veces.

A la milésima pierdes la noción del pasado y te compenstras completamente con la del ahora eterno. La inercia te vence y empiezas a caer. No a bajar, sino a caer, a precipitarte, inmóvil, a través del vacío. Con los ojos abiertos viendo nada: el vacío te llena las pupilas. Vueltas y vueltas, paralizados tus miembros, la idea de eternidad, física pero impalpable, en tu conciencia, la procesión lenta de los cristales a través de ti, y, alrededor, nada. Y caes eternamente, estático pero consciente de la realidad interna y eterna en ti...

La fantasía degeneró en un estado de extrema angustia: la de quien ha intentado imaginar la muerte y ha encontrado en su hipótesis una exacta descripción de la propia vida.

* * *

Agotamiento, desazón tras el intento de fuga. Paso a paso, como quien se rinde y no quiere que los demás se den cuenta, volví a la Galaxia.

DEL POSEER

Debe sonar extraño, pero mi mayor sensualidad está en el amor que tengo a mis cosas, en especial si son pequeñas, viejas y extravagantes. No son muchas ni tienen gran valor, pero son mías. Están gastadas, tienen historia, la mayoría triste —siento además un morboso apego a lo triste—, y están por todos los rincones de mi habitación, en ordenado desorden. Ninguna guardada, sino presentes todas, porque las amo y necesito verlas, sentir en la palma de la mano el contacto de sus perfiles, metálicos, fibrosos, arcillosos. No son siquiera piezas de museo, ni miembros de una colección, ni recuerdos sentimentales. Son sólo eso, cosas, mis cosas.

Hay una caja de hierro, de dolor rojo oxidado. En ella guardaba mi abuela el dinero. Es capaz de retener inmensas cantidades de polvo y está cubierta por la blanca y homogénea capa. Además tiene un truco para ser abierta, y el hecho de conocerlo sólo yo me llena de un anacrónico orgullo feudal. Dentro guardo otras cosas, demasiado pequeñas para estar en cualquier otro sitio: los cristales de las gafas de toda la familia que me divierten con su absurda curvatura y que colocados ante mis ojos a modo de monóculo, me demuestran con su material sencillez la relatividad del mundo, ofreciéndome cada cual una visión distinta de él. Y conchas de playa, que ya no me afectan, pero me recuerdan los tiempos dulces en que una puesta de sol en el mar todavía me emocionaba. Y un pito de madera que le robé a una niña del colegio para hacerla llorar, porque a medida que lo hacía se tragaba las lágrimas y ello era para mí un espectáculo muy sugestivo. Y un cardo seco que me desconcierta al ser a la vez redondo y puntiagudo.

Fuera de la caja hay más cosas. Cinco fósiles grises y pardos, con incrustaciones de barro milenario, cinco animales de otro tiempo y otro espacio que están ahí por su lejanía y su forma rara. Y por si un día puedo imaginar que resucitan y hay en su nueva vida una huella del principio de los tiempos. Y tengo una caña de río en el balcón, por nada, porque es vegetal, húmeda y amarilla. Y una campana india y un cencerro del Pirineo. Y los dos sueños. En la pared, láminas que reproducen pinturas del Goya negro, y una muñeca que pinté yo en un momento de buen humor. Tiene cara de chiste, se llama Fortunata y me mira riendo a través de su diente descomunal. Está loca, pero no se da cuenta porque es de papel.

La punta de un colmillo de elefante y un cortapapeles con mango de marfil, extraído probablemente del colmillo de un elefante. Los pongo frente a frente y me entretengo imaginando sus conversaciones (sabrosos diálogos entre la materia prima y el producto manufacturado; o entre el marfil virgen y altivo que no se ha doblegado y el marfil labrado que alardea de la belleza de sus filigranas). Cuando me canso de oírles, les encierro separados y ambos se ven reducidos al silencio.

Fúnebre y dorada una calavera graciosamente tocada con una boina. Como le falta el occipital, veo a través de sus cuencas vacías la pared del fondo. No deja de tener su misteriosa ternura ver el mundo a través de los ojos de un muerto domesticado... Y por fin un jarrón viejo, feo y desconchado que se llena un solo día al año con el barroquismo leve de una rama de almendro florido.

DEL RECORDAR

Vagamente, se mezclan imágenes viejas que identifico con mis primeros recuerdos. Me pregunto a veces cuál será el primero de todos ellos...

* * *

La sala blanquecina y larga de un hospital, y una mujer en cada cama. Alguien menudo y rizado que debí ser yo, avanza por el pasillo con una bolsa de bizcochos en la mano. Una

vieja de rostro de ropa yace en una de las camas; sus manos, de ropa también, cuelgan dolidamente hacia el suelo. Refunfuña y babea, inconsciente casi, grotescamente infantil. Tengo al lado una masa redonda y amable que imagino mi madre, y no sé las palabras que entre ella y la moribunda se cruzan. Los bizcochos se estremecen, calientes de horno dentro de la bolsa; por la ventana se oye el maullar de los gatos. A poco, vieja, gatos y bizcochos se me vuelven trilogía de dificultad moral. La dorada ternura de los dulces, por un lado, y por otro las bocas de los gatos y la vieja. Las lengüecitas rosadas, los pálidos dientes felinos y la grieta espumosa y quebrada de la vieja. La tersa peludez y la muerta de trapo. Una silla, un descuido y la bolsa cae por la ventana. Mi madre, que ya tiene voz, aunque no rostro, perpleja, irritada, pregunta. Y hay en el fondo de mi recuerdo el sonido contundente de mis palabras: "Para los gatos, que son muy bonitos". Hubo un bofetón y la primera noción de que una escala de valores extraña a mí, iba a regirme desde entonces.

* * *

Fuentes circulares y piedras. Al fondo, la masa rectilínea de unas calles que no se terminan. El suelo está cubierto por unas manchas negras, grises y blancas que se redondean por abajo y se afinan por arriba. Se trata de palomas. Sigue habiendo alguien menudo, pero esta vez con unos granos negros en la mano. Delante, en cuclillas, hay un hombre de cabeza monda, aterciopelada, frágil, casi transparente, de ojos parecidos a gotas de vapor de agua recién salido de una olla casera, de nariz resinosa y boca herbácea. Un hombre vegetal, quebradizo y opalino, que posee además una voz hundida. Lleva una máquina fotográfica y las gotas de sopa amarilla tintinean en su frente. Sonríe, haciendo vibrar las hierbas incoloras de su boca.

* * *

La capilla horriblemente decorada del colegio de monjas. Novena a la Virgen. Las niñas, de uniforme a cuadritos, rezábamos con sonsonete allá por nuestros seis años. Imágenes de yeso pintadas inevitablemente de azul blanco y rosa ellas, y de marrón, negro y morado ellos, nos observaban desde sus peanas.

Un cura gordo y un monaguillo respingón presidían el acto el uno manoseando el reclinatorio cara a la imagen venerada y el otro escupiendo bolitas de papel a las niñas del primer banco. Mi amiga y yo nos pasábamos magistrales retratos de la monja de la clase, la que siempre nos castigaba sin recreo. De pronto, ella se puso seria y me dijo bajito que había que ofrecer un obsequio a la Virgen. Yo estuve de acuerdo, pero no se me ocurría nada que presentar, hasta que noté en el bolsillo el último dibujo de la buena monja. Nos parecía muy bonito, así que decidimos colocarlo a la salida, en un rincón del altarcito.

A la mañana siguiente la sacristana lo descubrió, y les fue fácil averiguar de quién procedía el obsequio. Las dos recibimos una fuerte repulsa y entonces comprendí que era amoral por naturaleza: no conseguí ver qué mal había en el dibujo, al pie del cual se leía:

"Virgen santa, como los malos te ponen triste, te regalamos este retrato de la Madre..., para que sepas que la tienes que mandar al infierno. Amén."

DEL GUSTAR

Me gusta ir en tren, a ser posible en tren viejo de madera, por el ruido que hace al pasar un túnel. Me gusta volver sola a casa, de noche, cerradas ya las porterías, y hablar en voz alta con la boca cubierta por una bufanda. Me gusta salir al balcón y palpar la barandilla fría, y mirar los extremos borrosos de la calle, y adivinar el tiempo que es por los árboles. Me gusta quedarme en la plataforma trasera del autobús, con la nariz pegada al cristal. Me gusta sentarme en el último banco del aula y dormirme, mientras alguien, en la pizarra, dibuja y comenta cosas importantes para aprobar. Me gusta sonreír a las viejas que me pisan sin querer, y lanzar miradas hostiles a los niños que ejecutan para mí sus gracias. Me gusta ir por la calle comiendo bastones de regaliz. Me gusta llevar la contraria a los que suben conmigo en el ascensor y si dicen que tienen frío declarar que es raro porque hace calor, y si dicen que tienen calor declarar que

es raro porque hace frío. Me gusta romper vasos cuando los lavo: dejar que se escurran despacio a través de mis manos llenas de espuma. Me gusta tener la habitación muy desordenada porque me gusta ordenarla de vez en cuando. Me gustan los monjes vestidos de marrón oscuro. Me gustan los carros con caballo manso y conductor ensoñado y borracho. Me gusta la música de las ferias y tirar al blanco para que me den una muñeca fea o un caramelo sucio. Me gusta lavarme la cara. Me gustan los bancos verdes y estar con alguien que no tenga dinero y no me invite al cine, ni a bailar, ni a merendar, sino a sentarme en uno de ellos y callar juntos. Me gusta mirar las caras de la gente cuando, en una aglomeración, se miran unos a otros. Me gusta ver caer el aceite sobre la ensalada, sobre todo a la luz del día. Me gusta leer a solas, con poca luz y un vaso de agua cerca. Me gusta hablar de noche sin ver a la persona con quien lo hago. Me gusta correr arriba y abajo del pasijo de mi casa, gritando cualquier cosa en voz baja. Me gusta ir a una iglesia antigua a ver cirios, viejos y oscuridad. Me gusta recibir cartas que hablen de mí. Me gusta estar con alguien que toque la guitarra sin cantar, mirando a lo lejos de verdad, en un bar bohemio de gente y de climas. Me gusta regalar cosas mías a alguien que no lo espere. Me gusta ser antipática con los simpáticos. Me gusta estudiar en la Biblioteca de la Facultad por la tarde, cuando se encienden las lamparitas y los cristales están empañados. Me gusta callar al salir del teatro o del cine para pensar en *ol que he visto*. Me gusta engañar a los que se engañan respecto a mí, haciéndoles creer que tienen razón. Me gusta llevar ropa vieja. Me gusta escandalizar a las madres de mis amigas buenas, a mis amigas buenas, a la portera de mi casa y a mis tías solteras, casadas y viudas. Me gustan los funerales, las coronas de flores, los cementerios. Me gusta entrar en el mercado y comprar algo extravagante para que mi madre lo cocine. Me gusta, en bodas, bautizos y comuniones, sentarme en el corro de los viejos que hablan de la guerra, de los pueblos y de sus novias primeras, y dejar que los jóvenes bailen y me llamen insociable. Me gusta imaginar todas las posibles maneras de que puedo morir. Me gusta pensar que cuantas estén leyendo esto estarán esperando que escriba: me gustan las puestas de sol, las tiendas

de antigüedades, los chicos con barba y ojos de niño, las bebidas exóticas, la música sudamericana, la ropa negra, la pintura de última hora y François Sagan. Me gusta pensar que se equivocan y no lo saben. Me gusta pensar que a ellos, además de algunas de las cosas citadas, les gustan los coches deportivos, el martini, las reuniones de amigos, leer filosofía, comer bien, licenciarse pronto, contar chistes, casarse, salir al extranjero, ser felices, nadar, tener hijos y ganar dinero. Me gusta saber que precisamente porque ellos además les gusta todo eso, no entenderán nunca el porqué de este libro.

DEL COMUNICARSE

Y el silencio se hizo...

Fue en el enésimo día de la Creación, pero el autor sagrado, hombre al fin, pobre hombre al fin, lleno de miedo ante la espantosa realidad de esa nueva criatura, calló su existencia en las primeras páginas del Génesis.

* * *

La metáfora es antigua. Y algo novelera. Pero acertada. Somos náufragos y nuestra isla desierta es el mundo. Pero le faltan ciertos matices. Náufragos, sí. Pero náufragos amnésicos y de lenguas diferentes. Miles de millones de hombres, cada cual de un país distinto, es decir, de lengua distinta, que han arribado a la isla perdiendo la memoria de su antes y, de resultas, la noción de lo que será su después. Y la isla es desconocida, estrecha y pequeña, pero es el presente y la realidad y tratan de conquistarla; y las gentes no entienden las palabras de las otras gentes, y sus fonéticas les angustian, y, desesperanzadamente, para decirse que se necesitan para sobrevivir, para evitar que su mutua ignorancia les haga destruirse los unos a los otros, intentan crear un nuevo lenguaje, sin conseguirlo. Panorama patético. O, mejor, ridículo. O, mejor, humano.

* * *

La gente me ordea y hablan y lo que dicen no me interesa o me hacen hablar y no me interesa decirles nada. Sus palabras bailotean a mi alrededor, pero en vez de verlas en forma de pensamientos las veo en forma de letras

unidas estúpidamente, y allí donde otros ven un concepto yo veo una palabra trisílaba, y donde los gritos de dolor, yo una interjección, y donde ellos una definición, yo un adjetivo calificativo. Y no es erudición. Ni deshumanización. Sólo es que he percibido el gran fracaso del hombre, que para expresar su pensamiento íntimo en vez de una lengua ha creado un interminable diccionario donde una palabra quiere decir lo que otra de la página posterior y ésta lo que una tercera de las páginas inmediatas, y esta tercera lo que la primitiva, y todas en conjunto, absolutamente nada. Que aún tiene el lenguaje razón de ser para las cosas con nombre propio o común, pero que los verbos, los adjetivos y los adverbios deberían darse al olvido y no usarse nunca jamás. Hombre, niño tonto, que hablas alegremente de pensar, de sentir, de bueno y de malo, de cerca, de pronto... Y aún pretendes engañar tu dolor hablando con unos y con otros, escribiendo libros, y componiendo palabras que te suenen a compartir tu mente aislada, palabras como amor, amistad, diálogo. ¡Pobre náufrago eternamente extranjero y eternamente iluso!

* * *

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Cuánto es, mucho?

—Más que todo.

—Pero...

La hizo callar, besándola. (Fragmento de novela rosa.)

Yo añadiría: Y la besó personalmente, él, en esencia y conciencia, y a ella se le fundieron dentro las preguntas y supo la cantidad exacta.

* * *

Mi queridísimo amigo: Me ha ocurrido esto y lo otro. Pero algo me reconforta y es tu amistad, grande y profunda, que me acompaña. Amistad, buen pensamiento, hermosa palabra que nos hace ver que la Humanidad no está aislada. (Fragmento de una carta de un amigo a otro.)

Cuando acabó la carta, se dio cuenta de que no había hecho más que monologar sobre sí mismo, y la rompió.

* * *

Se apagó la luz y no dijeron nada. A poco, por ellos, un nuevo hombre tuvo vida.

* * *

Universitarios todos, se reunían a cualquier hora del día, en cualquier lugar para discutir. Largas y serias veladas, hermosas sin duda, donde las palabras eran círculos que se cerraban sobre sus cabezas. Un día, tiempo después, sobre un hombre abierto en canal, enigma vivo y patético, una simple mirada que intercambiaron fue el primer signo de su nueva filosofía.

* * *

Me pregunto si será la Verdad de las plantas y las células, de las bacterias y los animales que conocen los gestos precisos para hacer de ellos su vida, que conocen y aceptan el Silencio sin tratar de falsearlo...

DEL CALLAR

Lee en silencio lo que mi Silencio escribe. Comprende cuánto he callado por no saber cómo decirlo. Lee, pues, a partir de ahora, lo que verdaderamente trato de decir.



SEGUNDO PREMIO PERIODISMO

Premio concedido por la Asociación
de la Prensa de Barcelona

TÍTULO: **¿ES LA NUESTRA UNA
CULTURA DE CULPABILIDAD?**

AUTOR: *José M.º Bermudo Avila*

Facultad de Filosofía y Letras

¿ES LA NUESTRA UNA CULTURA DE CULPABILIDAD?

Dodds, en su húmedo ensayo "Los griegos y lo irracional" considera la entrada en el mundo helénico de las experiencias apolíneas y dionisiacas como consecuencias inevitables del paso de una "cultura de vergüenza" a una "cultura de culpabilidad". Y señala como causas de este paso, entre otras ideas más eruditas, la desmembración de la familia, la autoafirmación de la personalidad y la racionalización. A estas causas yo añadiría el miedo a la Erinia.

La afirmación del individuo, paralela a las reivindicaciones de los hijos, y la destrucción de normas inviolables, pone al hombre desnudo ante las cosas, ante un mundo que aparece confuso y contradictorio, ante el mal que se presenta como irremediable. Al romperse el cordón umbilical de las viejas creencias el hombre descubre anonadado lo monstruoso en el dolor del inocente, e incapaz de esquivarlo se siente impotente, desarmado, confundido. El hombre griego, en esta situación, sin el respaldo de una orden sagrada, de una fe ciega en el sometimiento a una ley ineluctable y de alguna manera divina, el hombre griego... siente el caos en el mundo, en sus creencias y en su razón. Lanzará al Olimpo su grito de justicia y el llegará el eco esperanzador del cumplimiento en el tiempo; exigirá a los dioses clemencia y obtendrá el alivio frío del temor.

En la cultura de culpabilidad el peso de la divinidad será insoportable y continuamente

sofocante. La justicia prometida sabiamente en el tiempo se retrasa de forma inhumana; la clemencia para el hombre es regateada por Zeus, el abandono al determinismo más fatalista sólo les salvarán los gritos estentóreos de la Pitia y la Sibila, el trance apolíneo, de carácter mántico, y la experiencia extática dionisiaca. El trance apolíneo es una proyección desesperada sobre el presente oculto, sobre el pasado latente o sobre el futuro temido, de un poco de luz, de un poco de esperanza en la justicia de unos dioses que se obstinan en presentarse crueles. Sólo Apolo, a través de la Pitia, daba certeza de un orden de las cosas, de una inmutable ley para los hombres más allá de aquel impío juego de los dioses. Sólo él ofrecía el refugio tibio de una religión mística más allá del lugar y del tiempo humanos.

Pero el culto apolíneo era minoritario, aristócrata, intelectual. La locura profética estaba sólo al alcance de unos pocos privilegiados. Los demás han de contentarse con una desfigurada promesa sobrenatural. En cambio, la catarsis dionisiaca era "congregacional e infecciosa". La locura teléstica o ritual estaba al alcance de todos: Dionisios era un dios demócrata, un dios al alcance de todos y que siempre acudía a la cita en la orgía. Era un dios fiel al pueblo.

La catarsis dionisiaca, con manifiesto matiz soteriológico, buscaba la purificación contra la 'miasma' (maldición) y el 'phthonos' (envidia) de los dioses, que en una "cultura de culpabilidad" significaban una cruz terrible

sobre las creencias del pueblo. La ascesis dionisiaca constaba de la danza —música frigia, flauta pánica y tambor— y del vino. La experiencia orgiástica, que hoy se nos antoja irracional, tenía como fin —¡y esto es lo sorprendente!— canalizar ciertos impulsos irracionales del individuo que el griego constata sin dañar su pudor. Estos impulsos contenidos, sentimientos de frustración, inhibiciones, desfase entre su rica vitalidad afectiva y una razón que encuentra asideros entre la arbitrariedad de los dioses y la desvinculación de la familia, adquieren gran relieve en la "cultura de culpabilidad", y se da salida a esta energía afectiva en la catarsis expiatoria de la orgía, en la que entre los escorzos violentos al son de la agreste siringa y la evasión con el 'daimon' del vino, el dios Dionisio concede al hombre ver al mundo como no es. Las nuevas necesidades sentimentales necesitan una nueva música y un nuevo dios. "Se lanzaron a lo báquico y se entregan al puro placer de los sentidos, mezclando los báquicos trenos con los himnos apolíneos, y los cerebrales peanes con los sensuales ditirambos, rebajando la severa serenidad de la cítara a imitar los bárbaros, locos o dolorosos aires de la flauta pánica", en palabras de A. Tovar.

Puede verse en esto la despersonalización o la propia y total libertad del individuo; es cuestión de perspectiva, actitud o sensibilidad. Lo cierto es que Dionisio consigue alejar de sus seguidores, de los entregados al rito, de los que siguen el lema "olvidar la diferencia para encontrar la identidad", de los que anhelan ser feliz hoy, ahora, la penosa presencia de los dioses, la sensación de contacto con tenaz 'Moira'. Y también les libra de la impresión de cercanía de la despiadada Erinia "que se mueve en la oscuridad", doncella fea, chupadora de sangre, condenada por los dioses a no compartir el lecho conyugal con nadie: "ni con dios, ni con hombre, ni con animal alguno".

Planteado así el ambiente, me hice esta pregunta: ¿es la nuestra una cultura de culpabilidad? El desarraigo respecto a los vínculos familiares ha sido históricamente discontinuo. Nuestra generación ha dado el más gigantesco

salto en esta dirección, que parece ya ser una constante social. Esto no sólo supone una mayor autonomía del individuo, sino el tener que renunciar a la presencia del pasado en el presente. Se rompe así la continuidad y nuestra actitud ante las cosas ha de ser decidida en un acto de nuestra razón, sin apoyarnos ya en la mirada a nuestra génesis y sin dejarnos mecer en una aureola hereditaria. El hombre siempre ha necesitado a Dios para el futuro y a la tradición para el presente. Sin aquél, la injusticia y el caos le confunden; sin la tradición, el presente pierde consistencia. ¿Nos pasa algo de esto?

Sustituyamos los dioses helénicos por el hombre y la máquina, y por la relación hombre-máquina. ¿No pedimos al hombre justicia? ¿No pedimos al hombre clemencia para con el hombre? ¿No pedimos a la ciencia una promesa de felicidad... aunque sea en el tiempo? ¿Nuestra "moira" no es la soledad, la impotencia ante el dolor y la sangre? ¿Y nuestra "erinia", nuestro remordimiento, no puede ser hoy la misma duda que el hombre tiene de él mismo, de los otros y de las cosas? Hemos perdido la fe en los dioses —hombre, sociedad, ciencia...—. Y tampoco contestaron a nuestros gritos: ni siquiera la tibieza de una religión apolínea, en boca de una furiosa ménade. Sólo nos quedó el temor y el vacío. Y una terrible conciencia de no poder amar a los otros, de no poder comunicarnos con ellos, de no conseguir que nos escuchen. Y un terrible miedo a la soledad de las preguntas no contestadas, al frío de las respuestas no preguntadas.

La evasión dionisiaca encuentra hoy una elocuente imitación. Hoy no nos oprimen los dioses olímpicos sino los mismos hombres el horror a la 'miasma' se reproduce hoy materializándose en nuestro pánico a la guerra y al dolor. El "daimon" de nuestra Erinia es hoy la frialdad y sequía de una vida deshumanizada. El vértigo de las innovaciones que la nueva sociología ve como consecuencia de la revolución técnica y que explica como equilibrio de fuerzas sociales, en su cara psicológica, denota un ansia de asir el tiempo que, ya sin historia, se acaba al vivir.

Claro que todo esto es muy vago, balbuceante, confuso... Pero así era también en los griegos. Y cuando, entre éstos, surgieron los que explicitaron todas estas dimensiones afectivas, con paradoja cruel resultó que ellos eran ajenos a esta situación.

Han pasado muchos siglos. Pueblos y culturas han pagado su osadía a la Historia y al Tiempo, ambas promesas lejanas de justicia y clemencia. Y no creo en los "ciclos" de la Historia. Pero aún así mantengo mi pregunta: ¿es la nuestra una "cultura de culpabilidad"?



TERCER PREMIO PERIODISMO

Premio concedido por el
Patronato Universitario de Barcelona

TÍTULO: **IMÁGENES DE UN ESPEJO**

AUTOR: *Gloria Marlin Fernández*

Facultad de Filosofía y Letras

ADIOS

Hoy me he encontrado con un viejo amigo de mi niñez. No me atrevía a llamarle por su propio nombre, el que me había dicho cuando se dio a conocer. No me atrevía porque ya he crecido y algunas palabras empiezan a sonar-me mal; porque hemos enriquecido nuestro diccionario con eufemismos tomados de otras lenguas, pero que dentro de poco no lo serán.

Así que le he dicho simplemente: "¿Cómo estás?" con una sonrisa maquinal y segura de esas que hacemos en serie al despertarnos y vamos distribuyendo durante el día, de cuya diferencia de producción depende que el día sea bueno o malo a los ojos de los demás. Hoy he tenido un día malo y la sonrisa se me ha borrado en seguida, como cambio completo de decoración.

Me he puesto a la defensiva y sin disimulos, como algunos días, de niña. Y entonces me ha reconocido. Todavía era yo aquella niña que acompañó a veces en la soledad de una bombilla apagada, en las calles y con el sol y en muchas otras ocasiones. Ahora también ha descubierto mi vergüenza, el odio a su compañía solapada y mi última tranquilidad reflexionando en que los sentimientos quedan ocultos cuando queremos. Pero con él no he podido nunca ser hipócrita ni esconderme en una máscara de felicidad. Me conoce como soy: débil, tímida, orgullosa y, muchas veces, desgraciada.

Mi viejo amigo me ha dicho: "No te importa que el tiempo pase, ¿verdad? Eres como la margarita que yo conocí", y me ha dolido el cumplido porque no era sincero. De margarita he pasado a flor de jardín, cuidada y con la obligación de dar siempre buen aroma, de estar bella y ser amable cuando me miran los demás. Y añoro el campo reseco y espinoso en que nací con aristas, silvestre y llena de afecto.

Y eso es lo que me corre por las venas, un furor gigante al vernos cara a cara: los dos, en nuestro viaje, llenos de lodo invisible pero molesto, barro de tierra y agua, de maldad e inocencia.

Nos hemos dicho palabras triviales, como correspondía. Y yo he sentido asco de su presencia, de las causas que la motivaban. Pero ello no ha sido suficiente para consolarme, porque no quiero contentarme con esos detalles insignificantes que a otros bastan para ser felices, para tener el simulacro de una felicidad. Prefiero morir llena de pesares, pero blanca. La muerte, como siempre, amenazando mi quietud.

He llorado en silencio. Sigo siendo la misma en eso y me ha comprendido. Y me ha enjugado con su túnica. Al rasparme con las escamas de su mano, le he tenido que decir adiós. Le temí en ese momento más que a ninguna cosa.

Y el Miedo se ha alejado un poco triste, pero a un lugar cercano.

PALABRAS DE UN DESCONOCIDO

Estáis llenos de esperanza con el amanecer de las estrellas. Ha llegado a su fin un día hermoso ribeteado de sol y lluvia y os endulza la melancolía agradable del sueño que está al llegar, tranquilo y despacioso, pasando de casa en casa con su regalo. Estáis contentos de haber visto a aquel hombre que no desespera con un pico en la mano, cantando unas canciones de su tierra que todo el mundo conoce. Con ojos ansiosos habéis encontrado la paz en el rostro del bebé recién nacido en una clínica.

Seguid mirando, si queréis, y encontraréis al hombre que llevamos dentro, en el espejo de los demás, limpio y desprovisto de la máscara con que nos cubrimos a la hora de buscar. Desnudadlos con cuidado, con respeto y estad atentos, no hagáis un trabajo inútil después de emplear todos vuestros sentidos.

Sí, me gusta veros con un hallazgo en las manos y el corazón lleno de inquietudes. Estáis aprovechando vuestra juventud en una empresa digna y empeñada en la lucha. Nunca miraréis con recelo esa humanidad que os acompaña porque estáis conociendo sus límites y sus posibilidades y quizá lleguéis a pensar como yo que a la vida habría que darle un nombre nuevo porque está mancillado de incompreensión.

Me gusta la juventud que me permitió pensar con los ojos y decir a mis amigos:

*"Estoy mirando el mar que se viste de olas y me cubro de azul y de sal.
Cuando salga, llorará mi cuerpo
y tiraré mi gabardina, mi indiferencia,
a lo más hondo de un sepulcro."*

Ahora, con ella un poco gastada por el paso del tiempo, me acerco a vosotros con mis recuerdos envueltos en humildad.

Estáis llenos de esperanza porque estáis vivos y cada día dais a luz una nueva hoja, tímida pero petulante de colorido. Sois el abril de las cosas que nacen y mueren, con vientos de inconsciencia que todo lo destrozan.

Ya es hora de dormir y de soñar. Dejadlo todo hasta un mañana que hace rato ha comenzado.

FANTASA DE UN SUICIDA

Estaba oyendo las palabras de sus amigos en el café como cada tarde. Las charlas insípidas de plena digestión y el ambiente pesado, cargado de bostezos y colillas. Y él era uno más y se hallaba retratado en las caras de todos. Sentía náuseas. Pero por otra parte no quería demostrarlo ni ofender a aquella buena gente que hacía lo posible por sacarle de su dolor. El consuelo solamente viene de dentro y nosotros lo fabricamos, se estaba diciendo. Nosotros que conocemos el punto de arranque de nuestras ilusiones.

Se encontraba vacío y alejado de todo, hasta de las sábanas que le cubrían el sueño. Incluso la muerte le llenaba de indiferencia. Era esa vida que tenía en sus manos, a su alrededor, la carga que no sabía dónde tirar.

Recordaba que era un regalo del Dios bueno, que no se debía despreciar. Pero no aceptaba regalos que nunca serían suyos, como éste que le habían hecho sin él pedirlo. Se le antojaba más bien un dios caprichoso el que llenaba la tierra para ir vaciando día a día sin acabar nunca el juego. Todo lo que había creado iba muriendo, sin llegar a veces a mitad del camino. Y negó de una vez para siempre al dios perfecto al que rezaba de niño.

Ahora se reía de los hombres que dedican su vida a investigar sobre el cáncer: inutilidad sobre inutilidad, total desconocimiento de que intentar hacer algo provechoso en el mundo es absurdo. Y ni siquiera pensó en destruir esta idea falsa que alimentaban la mayoría de los hombres, idiotez disfrazada con el título de altruismo, dedicación, amor al prójimo.

Ahora que su familia estaba muerta, le tocaría andar como un extraño, con una frase que nunca obtendría respuesta: ¿Es usted quien necesita de mí? No, a los mendigos no se les hace caso porque apestan con su olor de libertad.

Ya mismo condenó su cobardía que le estaba cerrando los ojos. Y escribió una esquila con las siguientes palabras para tirar el fardo que le pesaba demasiado: "Que nadie recoja mis cenizas llenas de experiencia".

LOS SUEÑOS

Iba andando tranquilamente por la calle, medio sonriente por dentro, despierta y viva. A aquellas horas le parecía que empezaba a nacer y tenía que aprenderlo todo antes de que cayera la noche. La gente, libre ya del trabajo, diario, corría por las calles alborotando el pavimento con sus pisadas. Salía entonces a pasear y a navegar en medio del oleaje.

Letreros rojos, blancos, amarillos, azules y semáforos juguetones que se empeñaban en engañar a la gente. Siempre le divertía el espectáculo de un bohemio melenudo cruzando la calle, encerrado entre dos líneas, bajo la vigilancia de un ojo mecánico. ¿Era posible la vida bohemia en una gran ciudad? Pensaba que no. Todo lo que ella veía era un espíritu bohemio enfundado en un mayor o menor grado de civismo.

También mucha gente parecía darse cuenta de ello. Los poblados "hyppys" le mostraban los intentos de su juventud por conseguirlo. Pero siempre fallaba. La carencia de normas se convertía por sí misma en la más pesada carga.

La vida que ella se estaba forjando no sería ni feliz, ni bohemia, ni única, tres palabras que había tachado en su diccionario por absurdas, porque no definían nada real. Seguirían vigentes los "prejuicios" que necesitaba para vivir a gusto consigo misma. Desterraría los podridos, roídos por la carcoma, envejecidos desde su nacimiento.

Había en un escaparate un vestido a lo "Bony and Clide" y entró a comprarlo. Se lo pondría para tocar el piano, con los bucles dorados que su madre le había dejado como recuerdo.

Precisamente por la mañana había recibido una carta suya, desde Acapulco. La invitaba. Sí, no estaría mal tomar una escoba y volar. Buena sorpresa se llevaría; además tenía ganas de verla. Pero tampoco estaba bien llegar sin que su madre tuviera tiempo de cambiar la decoración. A fin de cuentas, desde mucho tiempo atrás habían establecido las reglas del juego.

Entró en un café y se puso a escribir:
"Querida mamá: Te agradezco la delicadeza de..."

SEGUIMOS DUDANDO

Sobre la mujer se han dicho tantas cosas que algunas incluso nos las hemos creído. La mayoría de las opiniones erróneas son de boca o de pluma de hombres. Y es lógico.

El problema de comprensión entre el hombre y la mujer viene provocado, a mi humilde entender, por una diferente estructuración de los órganos, digamos espirituales, en un sexo y en otro. La mujer es complicada desde el punto de vista del hombre e inesperada desde su propio yo. El hombre, lógico para sí mismo; infantil y conocido para la hembra. El porqué de esta diferencia es una cuestión de origen, de creación. El hecho es éste: la mujer juega con muchos más factores en el momento de razonar que el hombre mismo; algunos, incluso, de tipo inconsciente, y de ahí el propio desconcierto. El hombre, desde su mentalidad plana, no entiende y llega a decir cosas como ésta:

"Je suis contre les femmes: tout contre..."
Sacha Guitry

Y creo que podemos pasar de la indiferencia al leer una cosa así, a un análisis más minucioso. Añado otra frase de su obra "Les femmes et l'amour" que sin demasiado riesgo podríamos relacionar con su propia opinión, ya conocida, y no con uno de sus personajes:

"I y a devant l'amour trois sortes de femmes: celles qu'on épouse, celles qu'on aime et celles qu'on paie. Ça peut très bien être la

même. On commence par la payer, on se met à l'aimer, puis on finit par l'épouser."

Dejando a un lado lo que a sentimientos masculinos pueda referirse, vemos claro, en esta generalización, que en todo momento nos ofrece el autor, hasta qué punto puede estar negado un hombre para entender ni lo más mínimo de psicología femenina. Y a mí no me extrañan sus palabras que revelan más que una oposición activa, un taparse los ojos ante una realidad que no se comprende. Es más, me trae a la memoria el conocido método del avestruz.

El proceso a seguir ahora es normal: nada hay que domine más al hombre que lo que no entiende. Y así está después, abatido, capitulado y sin defensas.

Podemos dejar el modelo incidental y comprobar con desolación que hemos dado con el hombre de cada día y de todas partes. Y nos preguntamos a la vista de un hecho atestigüado y que no queremos juzgar: ¿Es que vamos a tener que admitir tamaña limitación en el hombre, el no poder entender al único ser racional que con él crearon?

Nos dolería mucho y de momento no queremos admitir sino disculpar a quien dijo: "Cuando una mujer te hable, sonríele y no la escuches".

EL LLANTO DE LAS ESTRELLAS

Se le llenaron los pies de fango y dio gracias a Dios por tener limpio su corazón. Hacía rato que llovía calladamente, en apenas un susurro, con temor de despertar a la gente que descansaba de las pesadas faenas del campo. Pesadas y llenas de infructuosidad, a orillas del Guadiana.

Aún no recordaban las desgracias de otros años de sequía: aún no lo habían olvidado porque la desnudez de sus hijos y la miseria propia no daban lugar a ello. El vendió la pequeña

cosecha de trigo y con sus ganancias no tuvo suficiente para pagar la enfermedad de su hijo Enrique. El comienzo de la tisis, vecina del pueblo, le impedía trabajar y en esto más que en otra cosa, consistía la desgracia. Necesitaban brazos para fecundar una tierra egoísta que engullía el esfuerzo de todos, sin inmuntarse.

A él ni le había despertado la lluvia, porque en la tierra no se duerme, a lo más se dormita. Pasaba las noches en un terruño, agotando la luz del día y provocando el amanecer, azada en ristre y una pequeña cantimplora de agua a la cintura, sin esfuerzo, pero con infnita audacia. Pedía a Dios por su salud con la insistencia de quienes dependen de ella para comer.

No podía dejar de creer en quien a los 65 años permitía dar de comer a una familia como la suya.

Se alegró su corazón despierto en la noche. Con un poco de suerte se estirarían los pequeños brotes encogidos por los fríos y podrían comer y Enrique sanaría en un hospital. No quiso hacerse ilusiones, sin embargo. Ya conocía el temor de un abril demasiado impetuoso, ventolero y mojado, que podía anegarlas.

Se fue al pueblo por los peñascos del camino corto, para llegar antes. Su mujer preparaba las migas y freía torreznos de tocino. Enrique, en su jergón de paja pensaba y miraba el calendario colgado en la pared: 24 de febrero de 1968. Tal vez era demasiado tarde para que el campo recuperara sus bríos y tuviera un parto feliz. Entonces, un año más de tristeza y angustia, que ya sabía soportar, soledad y silencio en la taberna vacía.

Escuchó las pisadas de la lluvia en las piedras de la calle y creyó que las estrellas lloraban con él su desgracia, testigos inútiles del mal, pequeños focos que iluminaban el campo como un presagio funesto.

Con los días tristes me pongo alegre, porque demasiada negrura es perjudicial para el estado de ánimo. Me nacen ganas de cantar a las nubes una coplilla juguetona, que tengo entre los dientes.

*Quisiera ser pajarillo de nido blando
con trinos de alegría
en los labios,
con hijos que duermen a mi lado.*

Pero callo y sólo tú lo sabes, mi amigo. ¿Te gustan mis secretos? ¿Te gusta que te diga lo que siento mientras los demás no me conocen? Bien sé que sí, porque tú, corazón mío, te precias de esa confianza única con que te trato. Pero yo lamento cada día el no poder hablar con otros de esas mil cosas que podría decirles.

Me estoy quedando encerrada contigo y cuando pase el tiempo notarás que nos estamos haciendo pequeños y un poco mezquinos. Crecerá nuestro egoísmo y nuestro yo será tan grande que nos aprisionará sin dejarnos respirar. No, no quiero que esto ocurra. Voy a abrir mi ventana y cantar la coplilla de esperanza:

*A ti que no te veo ni te oigo
te suplico que me vengas a buscar,
que me saques de esta muerte
poco a poco y aún en vida.*

Necesito un amigo que me ayude. Le pediría consejo y sabría escucharle. Me enseñaría la letra de esa canción de fe que casi he olvidado. Y mientras llega, escucharé la plegaria de descanso de los tranvías y tendré respeto para el sol que se atreve a nacer. Es mejor que crea al Mauriac que nos dijo: "Nuestra vida vale tanto como esfuerzos nos ha costado".

Ahora que llega la primavera, quiero escribir un poema de confianza donde pueda decir:

*Y la tristeza se torna tibia y cálida,
por ese fuego que comienza
a quemar las piedras.*

Porque es eso, la tristeza de los demás, lo único que es capaz de quitarme la alegría en un día blanco e insípido del mes de marzo.

Me parece que el único misterio que para nosotros puede haber en la Creación es determinar el carácter total del primer hombre que pisó la tierra. Y a la vez que misterio es una gran pena para los que no pudimos vivir con él, porque si supiéramos cómo fue nuestro Adán, tendríamos un módulo, de punto de partida, claro y sin error, de que a buen seguro no se ha separado mucho el "homo sapiens" de nuestra era.

Los hombres que conocemos por la historia más antigua, los encontramos ya en evolución, es decir, en el proceso de enmascaramiento de lo primitivo. Ya a pesar de todo sirven para hacer válida la afirmación anterior. Pero no es suficiente. Tantos tratados y estudios de que ha sido objeto nos lo prueban bien a las claras: si al hombre que por primera vez estudió a sus homogéneos, le hubiera sido posible hacerlo con los datos de que dispone, no se habrían necesitado más, porque él mismo habría dado con la solución. Y los tratamientos posteriores de que ha sido objeto corroboran el impedimento que la cuestión presenta.

Hegel definió bien la situación cuando dijo: "El hombre no es más que la serie de sus actos". Y en ello se basan los avances psicólogos actuales que realizan la disección del hombre en las diferentes edades y en los diferentes aspectos. Las recapitulaciones suelen ser funestas, como las palabras del ingenuo Rousseau, que se atrevió a decir con tono de iniciado: "La nature a fait l'homme hereux et bon, mais la socité le déprave et le rend misérable".

Si verdaderamente conociéramos un hombre bueno o malo en su estado natural, otros serían los problemas del mundo, porque el principal de ellos y sus derivados no existiría.

Así que tú, amigo mío, ocúpate de lo demás y deja en paz el único imposible que se enseña por la tierra.

EL VAGABUNDO

Había llegado al pueblo, una mañana de sol y sin embargo no veía más que agua a su alrededor. Se encontró en esta tierra con un sol tan viajero como él y sentía una cierta incomodidad. Porque él hacía su oficio con una cierta presunción y orgullo. Le gustaba pasar de caserío en caserío despertando el asombro de los pobres campesinos con su ocio y sus ardrajos forrados de oro.

Y temía el brillo del sol, que podía quitarle esplendor. Se había investido de su papel de ser extraño, enviado a remediar las necesidades de los demás. Andaba días y noches donde no tuvieran noticias de que se trataba de un pobre loco. Sin familia cercana, pero con muchos parientes alertas, había conseguido escapar del sanatorio con esta idea fija: que la gente dijera al verle pasar: ¡Es una bendición de Dios!

Y se obsesionaba pensando y dando vueltas en torno a lo mismo, si su intención desmerecería el valor de la obra.

Ahora ya, después de tres años de regar los caminos con sudor, estaba creyendo que el bien se puede medir por sí mismo y que en su interior sólo esperaba encontrar un poco de agradecimiento en los ojos de los hombres. Y eso no era más que un consuelo, una alegría alentadora.

Pero, como otras veces, su conciencia le decía que no era honrado.

Entre el trigo de los campos sigue brotando alguna que otra semilla buena que crece fuerte de la mano del sol y del agua. Mientras, allí en su ciudad de cemento apisonado, crecer por encima del alquitrán es bastante difícil, y en los trozos de césped que se permiten, anda oscilante la tijera del jardinero.

Y al cabo de siete años ha vuelto a su casa. Ahora es un hombre astuto que incluso para hacer el bien ha aprendido a mentir y a cargar sus actos de ironía y despreocupación. Ya no es un loco. Su postura de antes y de ahora era puro snobismo, se comenta en las reuniones.

Los jueves y sábados alquila un restaurante donde da de comer a doscientas personas necesitadas.

Es popular y los periódicos hablan de él. Nadie se molesta en pensar. Y sus parientes cuentan sus excentricidades sin caer en la cuenta de que nunca llenarán sus carteras de ese dinero.

Está tranquilo ya, porque ha sabido adaptarse a las exigencias de un mundo hipócrita donde hasta lo mejor tiene que vestirse de Carnaval.

LA EPOCA DORADA

¡Qué bonito es llorar en los hombros del mar!

Estoy contenta cuando me coge con sus suaves garras y me arrastra donde todo es azul, él y sus amigos y su casa, llena de serviles pececillos.

No me iría nunca de tanta paz cuajada de cantos de sirena y chillidos de sol, donde yo acompaño a la guitarra una composición que no he aprendido.

Cuando llega junio, me voy con el corazón, donde nadie me encuentra aunque siga estando cerca de las cosas. En la barca de mis deseos me echo al mar sin miedo ni zozobra, porque ya he llegado donde quería ir.

Y paso los días enteros compitiendo con el sol en ser libre y en sentirlo. Esa sensación es la que necesita para mi propia tranquilidad y para la vida misma, y sin embargo, es más fácil que me falte ella, que el agua y el pan.

Y en noviembre recorro las montañas en busca de la cima más alta para que el frío intenso de la soledad me acompañe. Y es hermoso reír a solas con el eco irónico de los pinos, mis anfitriones.

El viento y las primeras lluvias me dicen: ¡Quédate!, con la armonía de mis instintos y sus deseos. Cuando recorro los caminos que me hicieron llegar, he olvidado que tendré que

volver pisando los mismos charcos. También aquí, aunque las zarzas me arañen la espalda, duermo bien y sin angustias impuestas. Con lo que tengo a mano, me gusta taladrar la tierra y jugar con su piel, cortar algunos tallos cansados y encender fuego para calentarnos todos.

Un día no muy lejano me decidiré a no decir adiós. Construiré una casa grande, donde vivamos bien y sólo aceptaremos a quienes como yo llegaron en busca del aire. Y vosotros, en seguida conoceréis mis intenciones al verme con mi mejor sonrisa, al descubierto y acompañada.

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA PLUMA

Nadie la conocía y fue acogida con cariño, cuando llegó volando a la terraza de la casa.

Era pequeña y gris, ligera, un poco irónica y bastante inquieta. A todos les hacía saltar a su alrededor, impaciente por atraparla, quizá tanto como ella en un mundo que desconocía. Parecía buscar en todas partes a sus hermanas, afanosa y llorando a veces, sobre todo al atardecer cuando el gato Pit entraba a dormir a la casa y no volvía hasta el día siguiente.

Pit fue el mejor amigo que tuvo desde su llegada. La encontró con el vestido sucio y algo despeinado del viaje y la acarició con su lengua hasta dejarla presentable. Luego entró con ella en el salón y jugaron en la mullida alfombra que tanto miedo le dio.

Pit nos contó después que le recordaba la piel de un animalito al que temía mucho: el perro. Pero todo pasó y siguió entrando a jugar hasta que la señora Boder advirtió el deterioro de la alfombra. Por eso la respetaba y se metía en un rincón cuando salía a tomar el sol por la tarde. Aunque en una ocasión entró en la plantufa y estuvo a punto de morir si se descuidaba.

En Navidad, recibió como regalo un lazo rosa, de seda, y una cajita de madera para cobijarse del frío. Allí, más segura, la oímos por primera vez cantar con serena voz unas arias de lamento y añoranza que nos hicieron pensar en una lejana patria.

Pero nunca nos contó nada, de su búsqueda, de sus ilusiones, de su vida pasada. Lo que Pit sacó de su imaginación le pareció a la señora Boder bastante estúpido y como tratándose de un irracional. Había huido de una casa pobre y mísera en busca de un hogar más confortable y de una vida menos atormentada. Nunca pensó, desde luego, que se tratase de una aventurera.

Nunca, hasta que la otra tarde en que desapareció de su vida, cuando más la mimaba y más a gusto debía sentirse en la casa.

Pensó entonces en la ingratitud que anida en todas las cosas, en el corazón que nunca está satisfecho. Recordó sus charlas, un poco banales, sí, pero consoladoras de la soledad en que hasta entonces había vivido. Veía aún su talle largo y flexible y sus cabellos grises, siempre peinados con esmero.

Ya no debía pensar más en ella. Se había destruido ésta como cada una de sus ilusiones, ésta que precisamente le había provocado el azar.

Y pasados unos días decidió olvidarla, cuando ya la señora Boder le había dado noticias de una muerte angustiosa, aprisionada bajo un ladrillo.

A FUEGO

Hablan las campanas del frío que pasan en la noche y nadie las entiende, del calor que las quema y nadie las compadece. Sólo conocen su voz cantarina y su ternura. En su casa pequeña y un poco vieja dan cobijo cada año a las cigüeñas, que no molestan, pero la ensucian todo. Están regresando ahora con un ramillete como regalo, contentas de que se las espere.

Hoy llegan en mal momento y no reciben los besos de costumbre. Las campanas tocan a fuego, impacientes ellas mismas por apagarlo. Está ardiendo la casa de Juan, el que cuida de los cerdos. Se han enterado al pasar por la calle volando bajito. Cubos y cántaros de agua pasan debajo de ellas y se han ido a llorar encima de la choza. Ya no se podrán entretener

en arrancarle pajitas para el nido ni caerán en su techo a dormir la siesta.

Siempre han pensado que esa casa les pertenecía más a ellas que a cualquier ser humano. Pero en mitad del campo, a unos kilómetros del pueblo, ni se podía ni merecía la pena. La choza había llegado a vieja, aunque pareciera mentira. Y aunque en un principio se hizo para guarecerse del sol mientras los cerdos juguetaban, el pobre Juan se tenía que quedar allí a dormir. No tenía familia y ni entre los campesinos se acoge a la gente desamparada. Ejercía su oficio desde los seis años y la ironía cazarra se permitía decir que se había contagiado un poco. Claro que siempre había alguna broma para él, que tenía la prudencia innata de callarse. Le llamaban el "Doctor" porque en cierta ocasión había dicho alguna cosa de egoísmo y nadie le había entendido. Todo el mundo sabía que tenía un libro y ya era suficiente para reírse, aunque pocos supieran leerlo.

Ahora que su casa se incendiaba de la ira contenida durante tantos, años, sería preciso llevarle a vivir a una de las muchas casas vacías. Los jóvenes se marchaban en busca del pan diario. Las cigüeñas pensaban que era lamentable ese empeño en conservar viva aquella casa que acusaba a todos de miserables, de esa miseria que nada tiene que ver con la pobreza de medios, que no se cubre con un buen vestido.

Ven a Juan envuelto en humo, con sus pocas cosas a los pies. Está despidiéndose de su soledad, de esa alegría que había escondido siempre, de su enciclopedia perdida. Y cada día, cuando vuelva al lugar, llorará las cenizas que se lleva el viento y el peso de su nueva casa de adobe.

PETICION

Cuando muera, que rían los cipreses a quienes tanto he odiado. Ya podrán olvidar entonces mis palabras de desprecio y envidia. Envidia, sí, ellos lo saben, a su vida ostentosa y duradera al pie de nuestros muertos. A las cosquillas burlonas que con sus raíces les hacen en los huesos.

¡Que rían y sigan viviendo! Pero que se vayan lejos de mí, al pie de un río constante, donde no les abandonen sus hermanos de eternidad y suba por sus venas una savia más limpia.

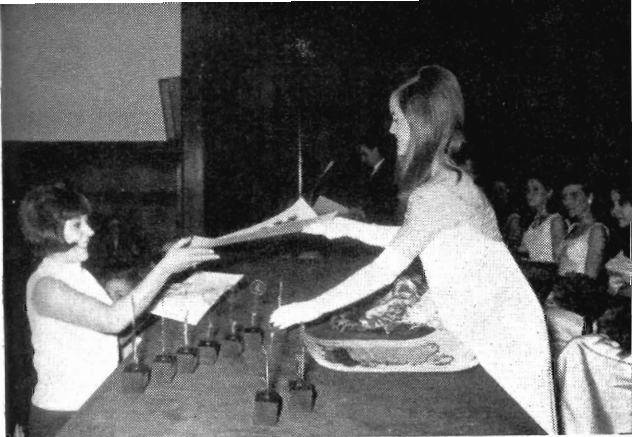
Que la tierra donde están los muertos esté muerta como ellos, sin sarcasmo, sin estridencias, sin cipreses.

Que no les despierten de su reposo los brotes de florecillas inquietas que no saben nacer en silencio.

Cuando me muera, descansad vosotros, cipreses, y dejadme en paz a mí. Que la mano sarcástica del hombre que os puso en un cementerio os arranque, sin haceros daño y os lleve lejos, donde vivía yo antes, donde impregné de vida unos ladrillos, unas maderas y unas sábanas.

Porque allí seguirá mi ímpetu que os acogerá como hijos adoptivos. Creceréis juntos y moriréis muy tarde sin que nadie se dé cuenta. Podéis dormir en mi cama y usar mis cuartillas en blanco. Poneos mi vestido de fiesta, cada año, el 5 de abril. Si de vuestras lágrimas brotaran pensamientos aterciopelados y tulipanes, hasta podéis llorar. Haced que mi casa siga alegre, con la silla cansada y una mesa llena de papeles.

Pero a mí, dejadme en paz y sin sentimientos odiosos cuando duerma en colchón de piedra.



PRIMER PREMIO

POESÍA CATALANA

Premio concedido por la Universidad de Barcelona

TÍTULO: «**LA NIT DE NOCES**»

AUTOR: *M.^a Dolores Lusany Almerje*

Instituto Británico

LA NIT DE NOCES

*Amb les mans tremoloses i els palmells oberts,
amb els ulls clucs de por i el caminar un xic incert,
vinc vora teu en la màgica nit,
per oferir-te, en nostre instant més cert,
la carn feta amor, que vol fer-se carn teva,
l'adéu, per a mai més, al meu nom de donzella
i el silenci fet veu que crema llavi i pit.*

*Deixa'm.
Ni hi fa res que hagin passat
tants anys de vida en comú.*

*Ves-te'n,
si et faig nosa al teu costat
no en té la culpa ningú.*

*Penso...
que per molt que passi el temps
—que diuen que tot ho esborra—
sempre,
em duràs gravada al cor
feta foc i feta sorra.*

*Plora,
quan la nit sigui per tu
un desert fet de silencis.*

*Crida,
quan no et faci cas ningú
i el teu crit sols l'ombra trenqui.*

*Calla, quan em vegis llum fugida
oblidar-te poc a poc,
pensa,
que jo avui també estic buida
amb la mateixa buidor.*

*Molt a poc a poc,
cada dia passejaven,
tots dos de bracet,
els ulls plens de foc
els espurnejaven.*

*Eren vells, tan vells
quasi com la terra,
amics ja del temps
que endoi els cantells
de fermor primera.*

*Ella, blanca i d'ulls molt blaus,
ell, bru i gastat com la pedra,
tots dos esperen la nit
amorosint-se l'espera.*

*Arribaven al seu banc
i s'asseien ensems,
els peus clavats a la sorra,
vestits negres, cabells blancs
miraven jugar els nens
i ells no se'n donaven compte.*

*Avui, he vist —tot sol— el vell,
anava més lent encara,
més cartronosa la pell
i solcs de plor a la cara.*

*El altres vells de la plaça
no han preguntat: han comprès,
li han posat la mà a l'espatlla
i ell, encara ha plorat més.*

.....
Els nens no el miraven.

Reien... jugaven distrets...

*Quan no tens més que el teu somni
a la pell ben arrapat,
quan la vida t'arrossega
i et sents gos acorralat.*

*Quan vols fugir i ensopegues
caient en el mig del llot
i en aixafar-te t'ofeguen
i sents que s'acaba tot.*

*Quan tu veus que el somni teu
comença a prostituir-se
i alçant els teus ulls a Déu
t'excuses... "Senyor, cal viure..."*

*I abandones l'ideal,
comences a ésser ramat
i penses que tant se val
qui sigui el que t'ha atipat.*

*Tens color de vi a les galtes
i estómac de satisfet,
portes llustroses sabates
i a l'hivern no passes fred.*

*I el diumenge vas a missa
com un senyor principal
amb la rialla postissa
ensenyant tots els queixals.*

*I ets tu llavors qui trepitges,
qui passes damunt de tot,
que fas mal i no t'hi fixes,
que sols "triomfar" és el teu mot.*

*I quan morts, metge al capçal,
monja als peus passant rosari,
un capellà per si cal
i al pit un escapulari,
voldries recomençar,
tornar a ésser trepitjat,
però, no hi ha temps de tornar
ni de refer el teu passat.*



Palabras de cierre del Acto
por el
Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad de Barcelona

Para cerrar el acto, pronunció unas palabras de clausura el Excmo. Sr. D. Francisco García-Daldecasas, Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona, que tras expresar en nombre de la misma, la complacencia por haber sido albergue de este triunfo de la palabra y hermosura, felicitó a los premiados y organizadores por la brillantez del acto que se acababa de celebrar, a la Schola Cantorum de la Universidad de la que dijo: . . . testigo permanente de los actos de esta Universidad" y a la Tuna Universitaria de Barcelona por sus magníficas actuaciones. Así mismo agradeció a la Reina del acto, Srta. Adelina Sanglas Gispert estudiante de Derecho de esta Universidad a la que entregó el título de «REINA DE LAS LETRAS UNIVERSITARIAS 1968», la hermosura de su reinado y lo constructivo del mismo.

Seguidamente puestos en pié todos los asistentes al acto, escucharon el himno universitario «Gaudeamus Igitur», que entonó la Schola Cantorum de la Universidad.

X. M. M.

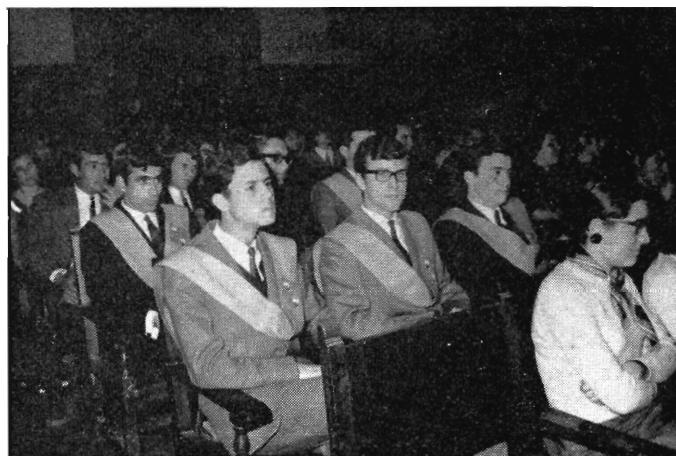
La Comisión Organizadora de la II Gala Universitaria de las Letras quiere hacer constar su agradecimiento a la Universidad, Facultad de Derecho, Diputación Provincial, Excmo. Ayuntamiento, Asociación de la Prensa, Patronato Universitario de Barcelona, por los premios concedidos para estímulo de los poetas y escritores participantes en este certamen, al Excmo. Sr. Rector de la Universidad, Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Derecho, Sres. D. Julio Manegat, Angel Marsá, Fernando Gutiérrez, Juan R. Masoliver, por la colaboración tanto plena como desinteresada para la brillantez de dicho acto literario entre los universitarios del distrito de Barcelona, así como a todos los periódicos y revistas de nuestra ciudad por la difusión del mismo.

COMISION ORGANIZADORA

Barcelona, 23 de marzo de 1968



El Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad de Barcelona, hace entrega a la Srta. Adelina Sanglas Gispert el título de "Reina de las Letras Universitarias".



Aspecto que ofrecía el Aula Magna

ENTREGA DE PREMIOS LITERARIOS DEL CERTAMEN UNIVERSITARIO

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

1968

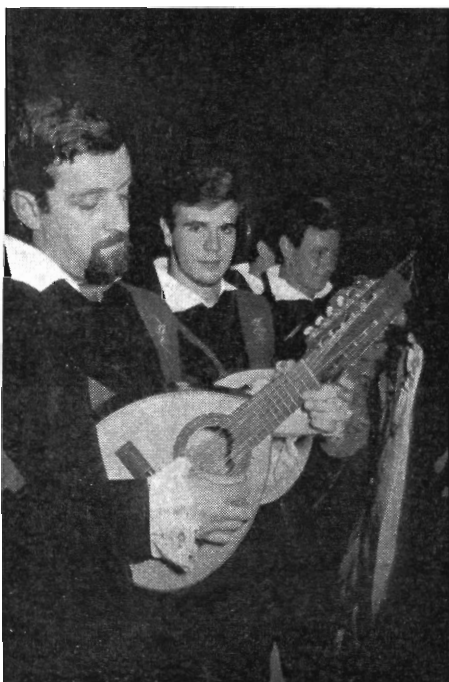
Programa de actos:

Entrada de la Reina acompañada por el Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad de Barcelona, formando cortejo con 16 damas de honor.

Saludo y presentación a cargo del estudiante de Derecho y Presidente de la Comisión Organizadora, Sr. D. Xavier Martí Monttor.

Actuación de Schola Cantorum de la Universidad de Barcelona, canta: L'Empordà.

Lectura del Acta del Jurado por el Secretario del mismo, Sr. D. Antonio José Planells Clavera,



Poesía Catalana.

Actuación de la Schola Cantorum de la Universidad de Barcelona.

Periodismo.

Actuación de la Schola Cantorum de la Universidad de Barcelona.

Poesía Castellana.

(La Reina del Certamen entrega los trofeos, después de haber leído sus trabajos, los galardonados).

Ronda de la Tuna Universitaria a la Reina y sus damas.

Palabras de cierre por el Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad, Sr. D. Francisco García-Valdecasas.

La Schola Cantorum de la Universidad de Barcelona, entona el himno universitario «Gaudeamus Igitur».

Salida de la Reina y su corte, la Tuna Universitaria, forma pasillos con sus capas, mientras entona una Rondalla.

Ronda de la Tuna a la Reina y su corte.



Aspectos de la actuación y Ronda de la Tuna Universitaria de Barcelona.

Palabras del Excmo. y Magnífico Rector

de la

Universidad de Barcelona

«... i vosaltres, poetes, en els qui ha florit sempre el
devenir dels pobles.»

(Ignacio Agustí)

Por segunda vez los estudiantes de la Universidad de Barcelona han celebrado el concurso anual de poesía y por primera vez el concurso de prosa. En la primera ocasión y siguiendo la costumbre tradicional, los estudiantes organizaron unos Juegos Florales, pero en este año y con más extensas miras, han decidido ampliar el certamen a la prosa periodística, esa literatura del mundo actual que comparte con la espada la hermosura de la forma y la fuerza de su filo.

Dos años parece que no son suficientes para consagrar una tradición. Sin embargo, cuando el hecho responde al sentimiento de los corazones, la tradición puede decirse que está hecha desde el primer momento. Porque la tradición no es costumbre, no es hábito rutinario de hacer una cosa. La tradición es la expresión de unos sentimientos albergados por un pueblo amante de valores fundamentales. La tradición no es la forma externa, sino el sentimiento profundo que la anima. La tradición, en suma, es el espejo en el cual se mira el alma de un pueblo, el alma de los hombres.

El hombre siente el ansia del ideal, por más que las modas, las costumbres o las tendencias, lleven a buscar satisfacciones efímeras en la animalidad de nuestro ser; el ideal permanece siempre latente y puro en el fondo del corazón humano. Lo feo es feo sin que sepamos decirnos el porqué. Lo bello es bello, y si sabemos la causa por la que lo es, porque bello, bueno y verdad son todo una misma cosa. Reflejo de algo que llevamos en nuestro interior que no sabemos expresar, pero que sin embargo estamos seguros de que es fundamento de nuestro ser. Algo que deseamos con toda intensidad y que nos hace no sentirnos satisfechos nunca, aunque siempre deseosos de mejorarnos y de caminar hacia la ansiada meta.

Lo bello sentimos que es nuestro propio ser. La expresión de la belleza nos atrae y esta atracción es máxima cuando la belleza trasciende al ámbito de los pensamientos, al ámbito de nuestras vivencias intelectuales. Unas horas de felicidad de los sentidos nos dejan un amargo poso en nuestro corazón. El acto hermoso del samaritano del Evangelio nos causa una alegría permanente que deja en los ojos lágrimas de gratitud, gratitud hacia el hombre que nos ha hecho el favor de que pudiéramos socorrerle.

Las desviaciones sofisticadas de una mal entendida intelectualidad, pueden llevar hacia esos caminos sin salida de los que desenfadadamente se burlaba el gran humanista ruso Arcadio Averchenko en su cuentecito titulado «Un asunto vulgar». Merece la pena repetirlo en cortas frases. Dos intelectuales al uso caminaban hacia una fiesta literaria en la noche moscovita del 24 de diciembre. La nieve cubría los caminos y en un montón de ella se hallaba un niño pereciendo de frío. La primera intención fue socorrerlo, pero en seguida ambos se volvieron atrás diciendo ¡qué vulgaridad!, ¡qué dirían nuestros amigos si llevásemos a un niño socorrido en la nieve en el día de Navidad!, ¿no es ése el asunto más vulgar del mundo?

No, no es asunto vulgar; lo bello no es vulgaridad. El socorro del niño, por muchas veces que se haya escrito en literatura de más o menos quilates, no es un asunto vulgar ni ridículo. Ridículos y ridiculizados quedaron aquellos dos pseudo-intelectuales, que dejaron de hacer un deber de humanidad por no ser tachados de vulgares viviendo un clásico cuento de la Nochebuena.

Los estudiantes de Barcelona, por segunda vez y por segundo año, han vuelto a convocar estas Justas Literarias para premiar la belleza de la palabra rimada y de la palabra llana, palabra llana repleta sin embargo de hermosura. Palabra escrita por espíritus jóvenes y sentida por muchachos jóvenes, que quieran progresar por el único camino por el que el progreso se consigue: el trabajo y el ideal. La juventud que tenga estos dos principios básicos, que no regatee el esfuerzo ni las penalidades para conseguir sus ideales con la tenacidad del espíritu creador, esa juventud es la que verdaderamente contribuye a mejorar no sólo la vida física de los hombres que les rodean, sino también la vida espiritual.

«En los poetas ha florecido siempre el porvenir de los pueblos.»

